Publicado por Chapel Library • 2603 West Wright St. • Pensacola, Florida 32505 USA
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.
In **Norteamérica:** Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno..
Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.
No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.
© Copyright 2001 Chapel Library.

TOTALMENTE POR GRACIA

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

Contenido

1. ¡Para ti!....2
2. ¿Que nos proponemos?....3
3. Dios justifica al impío....3
4. Dios es el que justifica....6
5. Justo y Justificador....9
6. Acerca de ser libres de pecar....11
7. Por gracia por medio de la fe....13
8. La fe, ¿qué es?....14
9. ¿Cómo ilustrar la fe?....15
10. ¿Por que somos salvos por medio de la fe?....18
11. ¡Ay de mí! Nada puedo hacer....19
12. La fe en aumento....24
13. La regeneración y el Espíritu Santo....26
14. Mi Redentor vive....27
15. El arrepentimiento tiene que acompañar al perdón....28
16. Cómo nos es dado el arrepentimiento....30
17. El temor de caer al final....32
18. Confirmación....34
19. Por qué perseveran los santos....36
20. Conclusión....37

Este libro cuenta con una Guía de Estudio en español. Por favor póngase en contacto directamente (y en inglés) con:
Mount Zion Bible Institute . 2603 West Wright Street . Pensacola, FL 32505, EE.UU
school@mountzion.org

Una palabra urgente con los que buscan la salvación
por medio del Señor Jesucristo

"Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia"
Romanos 5:20

1. ¡PARA TI!

El propósito de este libro

El propósito de este libro es la salvación del lector. El que predicó y escribió su contenido se sentirá muy desilusionado si no lleva muchas almas a los pies del Señor Jesús. Se publica con una confianza sencilla, como la de un niño, de que por el poder de Dios, el Espíritu Santo sea usado para la conversión de miles y miles, si así lo quiere. Sin duda muchas personas de condición humilde leerán esta obrita, y serán favorecidas por el Señor con su divina gracia. Para el fin indicado he usado el lenguaje más sencillo posible, como asimismo muchas expresiones comunes. Sin embargo, si personas acomodadas y de categoría hojearen este libro, puede bien el Espíritu de Dios impresionarlas a ellas también, ya que lo que comprenden personas iletradas, no es necesariamente menos atractivo para las educadas. ¡Oh, ruego que lo lean algunos que luego lleguen a ser grandes pescadores de almas!

El camino a la paz

¿Quién puede saber cuántos hallarán el camino a la paz por medio de esta lectura? La pregunta más importante para ti, querido lector, es ésta: *¿serás tú uno de ellos?*

Cierto hombre construyó una fuente al lado del camino y junto a ella colgó una copa de una cadenita. Tiempo después supo que un crítico de las artes había criticado duramente el diseño de su fuente. "Pero", preguntó él, "¿son muchos los sedientos que beben de la fuente?" Le contestaron que miles de pobres hombres, mujeres y niños apagaban su sed en esa fuente. Entonces él se sonrió, diciendo que poco le importaba la crítica del artista, deseando tan solo que éste también, algún día de calor agobiador, llenara la copa para refrescarse y alabar el nombre de Dios.

Aquí tienes mi fuente y mi copa: critícala, si bien te pareciere; pero te pido que *bebas del agua de vida.* Es lo único que me importa. Prefiero bendecir el alma del más pobre barrendero o trapero que complacer a un príncipe, pero no lograr su salvación.

¿Tomarás en serio la lectura de este libro?

Lector querido, ¿tomarás en serio la lectura de estas páginas? Si así es, coincidimos desde el principio, porque el que te entregues tú a Cristo y halles el cielo es el objeto que persigo aquí. Quiera Dios que juntos lo busquemos. Yo lo hago dedicándote esta obrita con una oración a Dios. ¿No quieres acompañarme elevando la vista a Dios para pedirle que te bendiga al leer sus páginas? La providencia divina las ha puesto en tus manos, tienes tiempo para leerlas, y te sientes dispuesto a prestarles atención. Éstas son buenas señales. ¿Quién sabe si acaso ha llegado el tiempo de tu bendición? Sea como fuere, dice el Espíritu Santo: "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón."

2. ¿QUE NOS PROPONEMOS?

La salvación es totalmente por gracia

He oído un relato que creo que viene del norte del país. Cierto pastor visitó a una

mujer necesitada para llevarle ayuda, porque sabía que ella era muy pobre. Llamó a su puerta con dinero en la mano para darle, pero nadie contestó. Se retiró creyendo que no estaba en casa. Poco después la encontró en la iglesia y le dijo que se había acordado de su necesidad.

- Llamé varias veces a su puerta, pero como nadie me atendió, creí que no estaba usted en casa.
- ¿A qué hora fue eso?
- Cerca del mediodía.
- ¡Ay de mí! Lo oí, señor, y siento no haberle abierto. Pensé que era el dueño de la casa que venía por el alquiler.

¡Cuántas mujeres pobres saben lo que es esto! Como deseo que me escuchen y atiendan, quiero asegurarles que no vengo en busca de ningún alquiler. En verdad, este libro no tiene como objeto pedir, sino dar: anunciar que la salvación es TOTALMENTE por gracia, lo que equivale a decir que es *gratuita,* es un *regalo sin costo.*

No viene en demanda de nada

A menudo, cuando nos esforzamos para que el oyente nos preste atención, éste piensa: "Ahora, seguramente me dirá cuál es mi obligación. Me dirá lo que le debo a Dios, y estoy seguro de que no tengo con qué pagarle. No podré llegar a la patria celestial." No, no, este libro no viene en demanda de nada, al contrario trae algo para darte. No hablaremos de ley, de deberes, de castigo, sino de amor, de bondad, de perdón, de misericordia, de vida eterna. Por lo tanto, no finjas estar fuera de casa, no te hagas el sordo, el desentendido. Nada te pido en nombre de Dios, ni en nombre del prójimo. No es mi intención requerir nada, sino brindarte un don gratuito que te dará dicha presente y eterna. Abre la puerta y deja entrar mis ruegos.

"Ven, razonemos." El Señor mismo te invita a dialogar acerca de tu felicidad inmediata y eterna, cosa que no haría, si no deseara tu bienestar. No rechaces al Señor Jesús que llama a tu puerta, pues lo hace con esa mano que fue clavada al madero por los que son como tú. Siendo su único objeto tu bien, acércate e inclina tu oído. Escucha atentamente dejando que su voz penetre en tu alma. Bien puede ser que ha llegado ya la hora para que inicies esa vida nueva que es el principio del cielo.

La fe viene por el oír, y leer es una manera de oír: la fe puede llegarte mientras leas este libro. ¿Por qué no? ¡Oh, Espíritu bendito de toda gracia, haz que así sea!

3. DIOS JUSTIFICA AL IMPÍO

¿El impío?

Escucha un sermoncito. Encontrarás el texto en la Epístola a los Romanos, capítulo cuatro, versículo cinco: *"Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia."*

Te llamo la atención a las palabras: "Aquel que justifica al impío." Estas palabras me parecen muy maravillosas.

¿No te sorprende el que haya en la Sagrada Biblia una expresión así: "Aquel que justifica al impío"? He oído que los que aborrecen las doctrinas de la cruz, acusan de injusto a Dios por salvar a los malos y recibir al más vil de los pecadores. ¡Fíjate, cómo este versículo acepta la acusación y lo afirma claramente! Por boca del apóstol Pablo, por la inspiración del Espíritu Santo, se da a sí mismo el título: "Aquél que justifica al impío." Él justifica a los injustos, perdona a los que merecen castigo y favorece a los que no merecen favor alguno. ¿No es cierto que has pensado siempre que la salvación era para los buenos, y que la gracia de Dios era para los justos y santos que están libres del pecado? Se te ha ocurrido, sin duda, que si fueras bueno, Dios te recompensaría, y has pensado que porque no eres digno, nunca podrás disfrutar de sus favores. Por lo tanto te debe sorprender un poco leer un texto como éste: "Aquel que justifica al impío."

No me extraño de que te sorprendas, pues aun con toda mi familiaridad con la gracia divina no ceso de maravillarme de este texto. ¿Es muy sorprendente, no es cierto, que sea posible que un Dios santo justifique a una persona impía? Nosotros, según la natural legalidad de nuestro corazón, estamos siempre hablando de nuestra propia bondad y nuestros propios méritos, y nos aferramos tenazmente a la idea de que tiene que haber algo en nosotros para que Dios se ocupe de

nuestras personas. Pero Dios que conoce bien todos nuestros engaños, sabe que no hay ninguna bondad en nosotros y declara que no hay justo, ni aún uno. Él sabe que "todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia" y, por ello, el Señor Jesús no vino al mundo para buscar bondad y justicia entre los hombres, sino para traer bondad y justicia a fin de dotar de ellas a las personas que no las tienen. No vino porque *somos* justos, sino para hacernos justos: él justifica al impío.

Cuando un abogado se presenta ante el tribunal, si es honrado, desea defender al inocente, justificándolo de todo lo que falsamente se le imputa. El objeto del defensor debe ser justificar al inocente y no debe tratar de encubrir al culpable. Tal milagro está reservado sólo para el Señor. Dios, el Soberano infinitamente justo, sabe que en toda la tierra no hay un justo que haga bien y no peque. Y, por lo mismo, en la soberanía infinita de su naturaleza divina y en el esplendor de su amor inefable, él se aboca, no a justificar al justo sino a justificar al impío. Dios ha ideado maneras y medios para que el impío pueda presentarse y ser aceptado con justicia delante de él. Ha constituido un plan por el cual puede, con justicia perfecta, tratar al culpable como si siempre hubiera vivido libre de pecados, sí, tratarle como si fuera totalmente libre de pecado. Él justifica al impío.

Salvar a los pecadores

Jesucristo vino al mundo para salvar a los *pecadores*. Esto es algo muy sorprendente, algo maravilloso especialmente para los que disfrutan de esa salvación. Sé que para mí, hasta el día de hoy, ésta es la maravilla más grande que me ha sucedido, a saber, que me justificó a *mí*. Separado de su amor inmenso, me siento indigno, corrupto, miserable y pecador. Sé con absoluta seguridad que por fe he sido justificado por medio de los méritos de Cristo, y he sido tratado como si fuera perfectamente justo, hecho heredero de Dios y coheredero de Cristo, todo a pesar de corresponderme, por naturaleza, el lugar del primero de los pecadores. Yo, completamente indigno, soy tratado como si fuera digno. Me ama con tanto amor como si siempre hubiera sido santo, aunque antes era impío. ¿Quién puede menos que maravillarse de esto? La gratitud por tal favor se reviste de admiración indecible.

Ahora bien, aunque esto es muy sorprendente, deseo que notes cuán accesible hace que sea el evangelio para ti y para mí. Si Dios justifica al impío, entonces, querido amigo, te puede justificar *a ti*. ¿No es esto precisamente lo que usted es? Si no te has convertido, te cuadra *perfectamente* la descripción; pues has vivido sin Dios, siendo lo contrario a santo, en una palabra, has sido y eres impío. Probablemente ni has frecuentado los cultos del día domingo, y has vivido sin respetar el día del Señor, su casa, su Palabra, lo que prueba que has sido impío. Peor todavía, quizá has procurado dudar de la existencia de Dios, y esto hasta el extremo de manifestarlo. Habitas esta tierra hermosa, llena de manifestaciones de la presencia de Dios, pero has cerrado los ojos a las pruebas palpables de su poder y divinidad. Ciertamente, has vivido como si Dios no existiera. Y te hubiera gustado poder probar para tu propia satisfacción la idea de que no hay Dios. Tal vez has vivido ya muchos años de este modo, de manera que ya estás bien afirmado en tus caminos, y Dios no está en ninguno de ellos. Si te llamaran

IMPÍO

te cuadraría este nombre tan bien como si al mar se le llamara *agua salada*, ¿verdad?

Aspectos exteriores de la religión

Quizá eres otro tipo de persona, pues has cumplido con todos los aspectos exteriores de la religión. Sin embargo, nada has hecho de corazón y, por lo tanto, en realidad has sido impío. Te has reunido con el pueblo de Dios, pero nunca lo has encontrado a él mismo. Has cantado en el coro, pero no has alabado al Señor en el alma. Has vivido sin amar a Dios de corazón y sin respetar sus mandamientos. Pues bien, tú eres precisamente la persona a la cual este evangelio es proclamado: esta buena nueva que nos asegura que Dios justifica al impío. Es maravilloso y felizmente está a tu disposición. Te cuadra perfectamente ¿no es cierto? ¡Cuánto deseo que lo aceptes! Si eres una persona sensata, reconocerás lo maravilloso de la gracia divina que brinda justificación a personas como tú, y te dirás a ti mismo: "¡Justifica al impío! Pues entonces, ¿no debo ser justificado, y justificado ahora mismo?"

Toma nota, por otra parte, del hecho de que esto *debe ser así*: que la salvación de Dios es para los que no la merecen ni están preparados para recibirla. Es natural que la frase esté en la Biblia porque, querido amigo, necesita ser justificado sólo quien carezca de justicia propia. Si alguno de mis lectores es absolutamente justo, no quiere ser justificado. Si éste es tu caso, sientes que cumples bien todo deber y por poco haces al cielo tu deudor por tanta bondad, ¿para qué necesitas tú misericordia, ni Salvador alguno? ¿Para qué necesitas tú justificación? A esta alturas estarás ya cansado de mi libro, pues no contiene nada que te interese.

Si alguno de ustedes esta lleno de un orgullo así, escúchenme un momento. Tan cierto como que viven, van camino a la perdición. Ustedes, justos, saturados de justicia propia, o viven engañados o son engañadores, porque las Sagradas Escrituras que no pueden mentir dicen, y lo dicen claramente: "No hay justo, ni aun uno." De todos modos no tengo evangelio para predicar a los saturados de su propia justicia –no, ni siquiera una palabra. Jesucristo mismo declaraba que

no había venido para llamar a los justos, y no voy a hacer yo lo que él no hacía. Pues si les llamara, no vendrían; y por lo mismo no los llamaré bajo estas condiciones. Al contrario, les suplico que reflexionen sobre su justicia propia hasta descubrir lo falsa que es. Es más insustancial que una telaraña. ¡Deséchenla! ¡Huyan de la misma! Señores, los únicos que necesitan justificación son los que reconocen que no son justos. Sienten la necesidad de que alguien haga algo para que sean justos ante el tribunal de Dios. Podemos estar seguros de que Dios sólo hace lo necesario. La sabiduría infinita nunca hace lo inútil. Jesús nunca emprende lo superfluo. Hacer justo a quien ya es justo no es obra de Dios –en todo caso, sería obra de un idiota. Pero hacer justo al injusto es obra del que tiene amor y misericordia infinitos. Justificar al impío es un milagro digno de Dios. Ciertamente así lo es.

Presta atención ahora. Si en alguna parte del mundo un médico descubre remedios eficaces y valiosos, ¿a quién se enviaría tal médico? ¿A los que gozan de buena salud? Por cierto que no. Si lo ponen en un distrito donde no hay enfermos, se sentirá fuera de lugar. No tiene nada que hacer allí. "Los sanos no necesitan médico sino los enfermos," dice el Señor. ¿No es igualmente claro que los grandes remedios de gracia y redención son para las almas enfermas? No sirven para las almas sanas, porque les son remedios inútiles. Si tú, querido amigo, te sientes espiritualmente enfermo, para ti ha venido el Gran Médico al mundo. Si te sientes completamente perdido a causa del pecado, eres justamente la persona para quien es el plan de salvación por gracia. Afirmo que el Señor de amor pensó en personas como tú al crear el sistema de la salvación por pura gracia. Supongamos que una persona generosa resolviera perdonar a todos sus deudores, claramente esto se aplicaría sólo a los que realmente le fueran deudores. Uno le debe mil pesos; otro le debe cincuenta pesos, cada uno tendría que simplemente conseguir que se le firmara un recibo para que su cuenta quedara cancelada. Pero la persona más generosa del mundo no podría perdonar las deudas de personas que nada deben a nadie. Está fuera del poder del Omnipotente perdonar a quien no tenga nada para perdonar. El perdón presupone que alguien es culpable. El perdón es para el pecador. Sería absurdo hablar de perdonar al inocente, perdonar al que nunca ha faltado.

¿Condenado por ser pecador?

¿Crees acaso que te condenarás por ser pecador? Ésta es la razón por la cual podrás ser salvo. Por la misma razón de que te reconoces pecador, deseo animarte a creer que la gracia está destinada a personas precisamente como tú. Uno de nuestros poetas se atrevía a decir que:

"El acusado es cosa sagrada;
Así lo hizo el Espíritu Santo."

Es realmente cierto que Jesús busca y salva al perdido. Murió e hizo una verdadera expiación por los verdaderos pecadores. Cuando los hombres no andan jugando con las palabras, o llamándose "pecadores miserables" de palabra solamente, los recibe con gozo. Con gusto conversaría toda la noche con *verdaderos* pecadores. Las puertas de misericordia no se cierran ni de día ni de noche para los tales y están abiertas todos los días de la semana. Nuestro Señor Jesús no murió por pecados imaginarios, sino que la sangre de su corazón se derramó para limpiar las manchas carmesí que sólo ella puede quitar.

El pecador que está sucio, a ese es que ha venido Jesucristo a blanquear. En cierta ocasión predicó un evangelista sobre el texto: "Ahora, ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles," y lo hizo de modo que uno de sus oyentes le comentó:

--Nos trató usted como si fuéramos criminales. Ese sermón era para que se lo predicara a los que están en la cárcel, no aquí.

--No, no, --contestó el evangelista-- en la cárcel no hablaría sobre ese texto sino sobre éste: "Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." ¡Correctamente! La ley es para los farisaicos: a fin de derribar su orgullo. El evangelio es para los perdidos a fin de quitarles su desesperación.

Si no estás perdido ¿para qué quieres al Salvador? ¿Iría el pastor en busca de los que nunca se extraviaron? ¿Por qué barrería la mujer la casa buscando monedas que nunca cayeron de su monedero? No, no, la medicina es para los enfermos, la resurrección para los muertos, el perdón para los culpables, la libertad para los cautivos, la vista para los ciegos y la salvación para los pecadores. ¿Cómo se explica la venida del Salvador, su muerte en la cruz y el evangelio del perdón a menos que el hombre sea un ser culpable y digno de condenación? El pecador es la razón de la existencia del evangelio. Y tú, amigo mío, objeto de estas palabras. Si te sientes merecedor, no de la gracia, sino de la maldición y la condenación, tú eres precisamente el tipo de hombre para quién fue ordenado, cumplido y proclamado el evangelio. Dios justifica al impío.

Quiero hacer que esto sea muy claro. Espero haberlo hecho ya, pero, aún así, únicamente el Señor puede hacer que el hombre lo comprenda. Al principio no puede menos que parecer asombroso al hombre, cuya conciencia ha despertado, que la salvación del perdido y culpable sea por pura gracia. Piensa que recibe salvación por haberse arrepentido, olvidando que su arrepentimiento es parte de su salvación. "Debo ser esto y lo otro," dice, lo cual es verdad, porque, sí,

será esto y lo otro como resultado de la salvación, pero es salvo primero, antes de tener los resultados de la salvación. De hecho, la salvación le llega mientras no merece otra cosa que esta descripción cruda, indigna, fea y abominable de: "*impío*". Esto es todo lo que es el hombre cuando llega el evangelio de Dios para justificarlo.

Dios es capaz y está dispuesto

Quiero, por lo tanto, insistir en que todos los que no tienen nada de bueno, que no tienen ni siquiera un buen sentimiento para recomendarse a Dios, crean firmemente que nuestro misericordioso Dios es capaz y está dispuesto a recibirlos para perdonarlos espontáneamente, sin nada que los recomiende, no porque *ellos* sean buenos, sino porque *él* es bueno. ¿No hace que el sol brille sobre malos y buenos? ¿No es él que da temporadas fructíferas, y a su tiempo envía lluvias del cielo y hace que salga el sol sobre las naciones más impías? Sí: a la misma Sodoma bañaba el sol, y el rocío caía sobre Gomorra. Oh, amigo, la gracia inmensa de Dios sobrepuja mi entendimiento y tu entendimiento, y anhelo que la aprecies como se lo merece. Tan alto como está el cielo sobre la tierra están los pensamientos de Dios sobre nuestros pensamientos. Perdona abundantemente. Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores: el perdón corresponde al culpable.

No intentes presentarte diferente a lo que realmente eres; sino que, tal cual eres acude al que justifica al impío. Cierto famoso pintor iba a pintar un cuadro de un sector de su ciudad y quería incluir en el cuadro ciertos personajes conocidos por todos. Entre los que quería incluir se encontraba cierto barrendero rudo, andrajoso y sucio.

--Venga usted a mi taller y permítame retratarle, pagándole yo la molestia, --le dijo un día el pintor al barrendero.

Al día siguiente por la mañana se presentó el hombre en el taller; pero muy pronto fue despachado, porque estaba lavado, peinado y bien vestido. El pintor lo necesitaba como realmente era él, andrajoso, y no le había invitado en otra categoría. De la misma manera, el Señor te recibirá si acudes a él como pecador, pero no de otro modo. No procures reformarte, deja que Jesús te salve inmediatamente. Dios justifica al impío, lo que equivale a decir que te recoge a *ti* donde estés en este momento, y te recibe aun en el estado más deplorable.

Ven como estés. Quiero decir, ven a tu Padre celestial con todo tu pecado y pecaminosidad. Ven a Jesús tal como eres, espiritualmente leproso, sucio, desnudo, no apto para vivir ni para morir. Ven, tú que eres como los escombros de la creación. Ven, aun cuando no te atreves a esperar más que la muerte. Ven, aun cuando la desesperación te oprime el pecho cual horrible pesadilla. Ven, pidiendo que el Señor justifique a un impío más. ¿Por qué no lo haría? Ven ya, porque esta gran misericordia de Dios es para personas como tú. Lo digo en las palabras del texto por que no se puede expresar en términos más fuertes: El Señor Dios mismo se adjudica este título bendito: "El que justifica al impío." Él hace justos, y hace que se traten como justos a los que por naturaleza son impíos. ¿No te parece este mensaje maravilloso *para ti?* Querido lector, no te levantes de tu silla hasta haber reflexionado bien sobre este asunto.

4. DIOS ES EL QUE JUSTIFICA

Ser justificado es cosa maravillosa

Cosa maravillosa es ésta de ser justificado o hecho justo. Si nunca hubiésemos quebrantado las leyes de Dios, no habría necesidad de tal justificación, pues seríamos naturalmente justos. Quien toda su vida ha hecho lo que debiera hacer, y nunca ha hecho nada que no debiera hacer, está justificado ante la ley. Pero estoy seguro de que tú, querido lector, no te cuentas entre ellos. Eres demasiado honrado para pretender ser limpio de todo pecado, y por lo tanto necesitas ser justificado.

Pues bien, si te justificas a ti mismo, te engañas miserablemente. Por lo mismo, no se te ocurra hacerlo. No vale la pena.

Si pides a otro mortal que te justifique, ¿qué podrá hacer? Alguien te alabaría por unos pesos, otro te calumniaría por menos. Poco vale el juicio de ellos.

Nuestro texto dice: "Dios es el que justifica", y esto sí que va al grano. Este hecho es asombroso, es un hecho que debemos considerar detenidamente. ¡Ven y ve!

A nadie más que a Dios se le ocurriría

En primer lugar, *a nadie más que a Dios se le ocurriría justificar a personas culpables.* Se trata de personas que han vivido en franca rebeldía, obrando mal con ambas manos; de personas que han ido de mal en peor; de personas que han vuelto al mal aun después de castigadas y de haber sido forzadas a dejar de cometer el mal por algún tiempo. Han quebrantado la ley y pisoteado el evangelio. Han rechazado las proclamas de misericordia y persistido en su impiedad.

¿Cómo podrán tales personas obtener perdón y justificación? Sus conocidos los dan por desahuciados diciendo: "Son casos perdidos." Aun los cristianos los miran con tristeza en lugar de esperanza. El Señor, en el esplendor de su gracia electiva, habiendo escogido a algunos desde antes de la fundación del mundo, no reposará hasta haberles justificado y hecho aceptos en el Amado. ¿No está escrito: "A los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó?" Por esto, puedes ver que el Señor ha resuelto justificar a algunos y ¿por qué no contarnos tú y yo en este número?

Nadie más que un Dios pensaría en justificarme a *mí*. Me maravillo de mí mismo. No dudo que la gracia divina se manifiesta igualmente en otros. Contemplo a Saulo de Tarso "respirando amenazas y muerte" contra los siervos del Señor. Como lobo rapaz espantaba a las ovejas del Señor por todas partes; no obstante, Dios le detuvo en el camino a Damasco y cambió su corazón justificándolo totalmente, tan plenamente que pronto este perseguidor llegó a ser el más gran predicador de la justificación por la fe que haya vivido sobre la faz de la tierra. Con frecuencia ha de haberse maravillado de haber sido justificado por la fe en Cristo Jesús, ya que antes había sido un tenaz fanático defensor de la salvación mediante las obras de la ley. Nadie más que Dios podía haber pensado en justificar a un hombre como Saulo, el perseguidor de los cristianos. Pero el Señor Dios es glorioso en su gracia.

Nadie más que Dios podría

Pero, por si alguien pensara en justificar a los impíos, *nadie más que Dios podría hacerlo.* Es imposible que persona alguna perdone las ofensas que no hayan sido cometidas contra ella. Si alguien te ha ofendido gravemente, tú puedes perdonarle, y espero que así lo hagas, pero una tercera persona no puede perdonarle. Si tú eres la persona ofendida, de ti debe proceder el perdón. Si a Dios hemos ofendido, Dios puede perdonar, ya que es contra él que se ha pecado. Esta es la razón por la que David dice en el Salmo 51: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos", porque entonces Dios, contra quien se ha cometido la ofensa, puede perdonarla. Lo que debemos a Dios, nuestro gran Acreedor puede perdonar, si así lo quiere; y lo que perdona, perdonado está. Nadie más que el gran Dios contra quien hemos pecado puede perdonarlo. Por lo tanto, acudamos a él en busca de misericordia.

No nos dejemos desviar por los sacerdotes que, con pretensiones sin ningún fundamento bíblico, desean que acudamos a ellos en busca de lo que sólo Dios puede concedernos. Y aun en el caso de que fuesen ordenados para pronunciar palabras de absolución en nombre de Dios, será siempre mejor que nosotros mismos acudamos al Señor Dios en busca de perdón, a través de Jesucristo, único Mediador entre Dios y los hombres, ya que sabemos con seguridad que éste es el camino verdadero. La religión por encargo es riesgoso. Infinitamente mejor y más seguro es que te preocupes personalmente de los asuntos de tu alma y no se los encargues a otro.

Puede hacerlo a la perfección

Sólo Dios puede justificar al impío, y *puede hacerlo a la perfección.* Él echa nuestros pecados a sus espaldas, los borra, diciendo que aunque se busquen, no se hallarán. Sin otra razón que su bondad infinita, ha preparado un camino glorioso por el cual puede hacer que los pecados que son rojos como escarlata sean más blancos que la nieve, y apartar de nosotros las transgresiones tan lejos como el oriente del poniente. Dice su Palabra: "No me acordaré de tus pecados," llegando hasta el punto de aniquilarlos. Uno de los antiguos profetas dijo maravillado: "¿Qué Dios como tú que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia."

No estamos hablando ahora de justicia, ni del trato de Dios con los hombres, según lo que merecen. Si piensas relacionarte con un Dios justo sobre la base de la ley, te amenaza la ira eterna, por cuanto esto es lo que mereces. Bendito sea su nombre porque no nos ha tratado según nuestros pecados, y nos trata hoy según su gracia inmerecida y su compasión infinita, diciendo: "Os recibiré con misericordia y os amaré de voluntad." Créelo, porque ciertamente es verdad que el gran Dios trata al culpable con abundante misericordia. Sí, puede tratar al impío como si siempre hubiera sido pío. Lee atentamente la parábola del hijo pródigo, y verás cómo el padre perdonador recibe al hijo errante con tanto amor como si nunca se hubiera ido y nunca se hubiera contaminado con malas mujeres. Hasta tal punto el padre demostró su cariño que el hermano mayor comenzó a renegar, pero no por eso dejó de amarle el padre. Oh, hermano, por más pecador que seas, si quieres volverte a tu Dios y Padre, te tratará como si nunca hubieras hecho mal alguno. Te considerará justo y te tratará como si lo fueras. ¿Qué dices a esto?

¿No ves? Quiero destacar bien esto, qué cosa espléndida es que nadie más que Dios podría pensar en justificar al impío, y nadie más que Dios podría hacerlo, y que, efectivamente, el Señor puede hacerlo. Fíjate en cómo el apóstol lanza el reto: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica." Si Dios ha justificado a una persona, lo que hizo está bien hecho, correctamente hecho, justamente hecho, y hecho para siempre. El otro día leí un escrito lleno de veneno contra el evangelio y los que lo predican. Decía que creemos en una teoría por la cual nos imaginamos que el pecado puede ser quitado de los hombres. No creemos en teorías: proclamamos un hecho. El hecho más glorioso debajo

del cielo es éste: que Cristo por su preciosa sangre realmente quita el pecado y que Dios, por intermedio de Cristo, tratando a los hombres según su misericordia divina, perdona a los culpables y los justifica, no según nada que vea en ellos o prevé que habrá en ellos, sino según las riquezas de su misericordia de su propio corazón. Esto es lo que hemos predicado, lo que predicaremos toda la vida. "Dios es el que justifica," el que justifica a los impíos. Él no se avergüenza de hacerlo, ni nosotros de predicarlo.

La justificación hecha por Dios mismo tiene que ser segura. Si el Juez me declara justo, ¿quién me condenará? Si el tribunal supremo de todo el universo me ha pronunciado justo, ¿quién me acusará? La justificación que procede de Dios es respuesta suficiente para la conciencia que ha despertado. Por esto, el Espíritu Santo llena de paz todo nuestro ser de modo que no vivimos con temor. Con esta justificación podemos responder a todos los rugidos e insultos de Satanás y de hombres impíos. Por ella podremos morir tranquilos, por ella resucitaremos decididamente y enfrentaremos el juicio final.

"Sereno miro ese día:
¿Quién me acusará?
En el Señor mi ser confía;
¿Quién me condenará?"

Amigo, *el Señor puede borrar todos tus pecados.* No tengo ninguna vacilación cuando afirmo: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres." Aunque estés hasta el cuello en tus crímenes, con una palabra él puede limpiarte de tu inmundicia diciendo: "Yo quiero; sé limpio." El Señor Dios es un gran perdonador.

"YO CREO EN EL PERDÓN DE LOS PECADOS"

¿LO CREES TÚ?

Aún en este mismo momento el Juez puede pronunciar la sentencia: "Tus pecados te son perdonados: vete en paz." Y si así lo hace, no hay poder en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra que te pueda acusar, ni mucho menos condenar. No dudes del amor del Todopoderoso. *Tú* no podrías perdonar a tu prójimo si te hubiera ofendido como tú has ofendido a Dios. Pero no debes medir la gracia de Dios con la medida de tu escaso criterio. Sus pensamientos y caminos están por encima de los tuyos, tan alto como el cielo está encima de la tierra.

"Bien," dirás tal vez, "gran milagro sería que Dios me perdonara a mí." ¡Así es! Sería un milagro grandísimo y, por lo tanto, es muy probable que lo haga, porque él hace "grandes cosas e inescrutables," que no esperamos.

Yo mismo fui abatido

Yo mismo fui abatido por un terrible sentimiento de culpa que me hacía la vida insoportable, pero al oír la exhortación: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más," entonces miré, y en un instante me justificó el Señor. Jesucristo, hecho pecado por mí. Eso fue lo que vi, y esa escena me dio reposo. Cuando los que fueron mordidos por las serpientes venenosas en el desierto miraron a la serpiente de metal, fueron sanados inmediatamente. Lo mismo sucedió conmigo al mirar con los ojos de fe al Salvador crucificado. El Espíritu Santo, quien me dio la facultad de creer, me comunicó la paz por medio de la fe. Tan seguro me sentí de ser perdonado como antes me había sentido condenado. Me había sentido seguro de la condenación, porque la Palabra de Dios me lo había declarado, mi conciencia daba testimonio de ello. Pero cuando el Señor me declaró justo, me sabía igualmente seguro por los mismos testimonios. Pues la palabra de Dios en las Escrituras dice: "El que en él cree, no es condenado," y mi conciencia da testimonio de que creí y de que Dios es justo en perdonarme. Así es que tengo el testimonio del Espíritu Santo y de la conciencia, testificando ambos lo mismo. ¡Cuánto deseo que el lector reciba el testimonio de Dios sobre esta cuestión, para también tener bien pronto el testimonio en su propia vida!

Me atrevo a decir que el pecador justificado por Dios está sobre un fundamento más firme que el hombre justificado por sus obras, si tal hombre existiera, pues nunca estaríamos seguros de haber hecho suficientes obras buenas. La conciencia estaría siempre inquieta por las dudas de que, después de todo, nos faltara algo, y pudiéramos contar con solamente una sentencia falible de un juicio dudoso. En cambio, cuando Dios mismo justifica y el Espíritu Santo testifica de ello dándonos paz con Dios, sentimos que la cuestión es segura y está solucionada; hallamos descanso. No hay palabra para explicar la calma profunda que se apodera del alma que recibe esa paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento. Amigo, búscala en este mismo momento.

5. JUSTO Y JUSTIFICADOR

¿Justificar a los culpables?

Acabamos de ver a los impíos justificados y hemos reflexionado en la gran verdad de que sólo Dios puede justificar al hombre. Ahora daremos un paso más, preguntando: "*¿Cómo puede un Dios justo justificar al culpable?"* Encontramos una respuesta completa a esta pregunta en las palabras del apóstol Pablo, en Romanos 3:21-26. Leeremos seis versículos de este capítulo para entender el pasaje:

"Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituídos de la gloria de Dios siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús; a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús."

Permíteme contarte un poco de mi experiencia personal. Cuando me encontré bajo la mano del Espíritu Santo, bajo la convicción de pecado, tenía un sentido claro y fuerte de la justicia de Dios. No importaba lo que el pecado significaba para otros; lo que importaba era que se había convertido en una carga intolerable para mí. No era tanto que temía el infierno sino que temía el pecado. Me consideraba tan terriblemente culpable que recuerdo sentir que si Dios no me castigaba por el pecado, debería hacerlo. Sentía que el Juez de toda la tierra debía condenar tales pecados como los míos. Estaba ante el tribunal de Dios condenándome a mí mismo a la perdición, porque admitía que si yo fuera Dios, no podría hacer más que enviar a una criatura tan culpable como yo a lo más profundo del infierno. Al mismo tiempo, me preocupaba profundamente de la honra del nombre de Dios y de la integridad de su soberanía moral. Sentía que no estaría satisfecha mi conciencia si consiguiera yo perdón injustamente. El pecado que había cometido merecía castigo, y debía castigarse. Luego me venía la pregunta: "¿Cómo podría Dios ser justo y no obstante ser justificador?" Estaba preocupado y agobiado por esta pregunta, y no le encontraba contestación. Nunca hubiera podido inventar una respuesta que diera satisfacción a mi conciencia.

La doctrina de la expiación

Para mí la doctrina de la expiación por la sustitución es una de las pruebas más poderosas de la inspiración divina de las Sagradas Escrituras. ¿Quién podría haber ideado el plan de que el Rey Justo muriera por el súbdito injusto y rebelde? Ésta no una enseñanza de la mitología humana, ni sueño de una imaginación poética. La humanidad conoce este método de expiación únicamente por ser una realidad, la imaginación humana no podría haberlo inventado. Dios mismo lo ordenó: no es cosa que alguien pudiera haber imaginado.

Desde la infancia había oído hablar de la salvación por el sacrificio de Jesús; pero en lo profundo de mi alma no sabía más de ello que si hubiera nacido y sido criado como un salvaje. La luz existía, pero yo estaba ciego. Fue necesario que el Señor mismo me aclarara el asunto. La luz me vino como una nueva revelación, tan nueva como si nunca hubiese leído en las Escrituras que Jesús había sido declarado propiciación por el pecado para que Dios fuese justo. Creo que esto tiene que venir como revelación nueva para cada criatura recién nacida de nuevo cuando la ve, me refiero a la gloriosa doctrina de la sustitución hecha por el Señor Jesús.

Por medio del sacrificio de un sustituto

Llegué a comprender que la salvación era posible por medio del sacrificio de un sustituto, y que la previsión había sido hecha en la primera constitución y plan para tal sustitución. Me fue posible ver que el Hijo de Dios, igual al Padre e igualmente eterno, desde la eternidad había sido constituido cabeza del pacto de un pueblo escogido para que en esa capacidad sufriera por éste para salvarlo. Puesto que nuestra caída, en primer término, no fue caída individual, ya que caímos en nuestro representante federal, "el primer Adam", fue posible que fuéramos recobrados por un segundo representante, a saber por Aquel que se ha puesto como cabeza del pacto de su pueblo, a fin de ser su segundo Adam. Vi que, antes de haber realmente pecado, había caído por el pecado de mi primer padre; y me regocijé, ya que, por lo tanto, me era posible, por cuestión de derecho, ser levantado por medio de una segunda cabeza y un representante.

La caída de Adam dejó una escapatoria: otro Adam puede deshacer la ruina hecha por el primero. Cuando me inquietaba respecto a la posibilidad de que un Dios justo me perdonara, comprendí y vi por fe que el que es el Hijo de Dios se hizo hombre y en su propia bendita persona llevó mi pecado en su cuerpo sobre el madero. Vi que el castigo de mi paz fue puesto sobre él y que por su llaga fui curado (Isaías 53:4, 5). Querido amigo, *¿has visto tú esto?* ¿Has comprendido cómo Dios puede ser justo, no remitiendo la culpa ni desafilando totalmente el filo de la espada, y cómo él,

a la vez, puede ser infinitamente misericordioso y justificador del impío que acude a él? La razón es que el Hijo de Dios, supremamente glorioso en su persona sin igual se encargó de satisfacer la ley sometiéndose a la condena que me corresponde a mí, y, en consecuencia, Dios puede remitir mi pecado. Más satisfacción resulta para la ley la muerte de Cristo que la que hubiera resultado de enviar a todos los transgresores al infierno. El establecimiento más glorioso del gobierno equitativo de Dios resultó al sufrir el Hijo de Dios por el pecado, que si hubiera sufrido toda la raza humana.

Jesús ha soportado por nosotros toda la penalidad de la muerte. ¡Contempla esta maravilla! Allí está colgado en la cruz. Éste es el espectáculo más solemne que jamás has contemplado. El Hijo de Dios y el Hijo del hombre, allí levantado en el vil madero, sufriendo dolores indescriptibles, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Maravillosísimo es ese espectáculo: ¡el inocente castigado! ¡el santo condenado! ¡el eternamente Bendito hecho maldición! ¡el infinitamente glorioso sufriendo la muerte ignominiosa! Cuanto más contemplo los sufrimientos del Hijo de Dios, más cierto estoy de que son por mí. ¿Para qué sufrió sino para librarnos de la pena merecida? Habiéndola, pues, expiado por su muerte, los creyentes en él no necesitan temerla. Así es, y así debe ser, que habiendo siendo hecha la expiación, Dios puede perdonar sin que las bases de su tribunal se sacudan, ni que cambien en lo más mínimo los estatutos de su código. La conciencia encuentra respuesta plena a su tremenda pregunta.

La ira de Dios contra la iniquidad debe ser terrible, más allá de toda concepción humana. Bien dijo Moisés: "¿Quién conoce el poder de tu ira?" No obstante, al oír al Señor de la gloria exclamar: "¿Por qué me has desamparado?" y al verle exhalar el último suspiro, sentimos que la justicia divina ha recibido abundante satisfacción por la obediencia tan perfecta y muerte tan espantosa de parte de persona tan divina. Si Dios mismo se inclina ante su propia ley, ¿qué más se puede hacer? Hay mucho más mérito en la expiación que falta de mérito en el pecado humano. El vasto mar del sacrificio de amor de Jesús es tan profundo que puede tragarse todas las montañas de nuestros pecados. A causa del valor infinito de este nuestro Representante, bien puede Dios mirar favorablemente a los demás seres humanos por más indignos que sean. Ciertamente fue el milagro de los milagros que el Señor Jesús tomara nuestro lugar, y

"Sufriera para que nosotros nunca tengamos que sufrir
la justa ira de su Padre."

Pero así lo hizo. "Consumado es." Dios perdona al pecador, porque no perdonó a su propio Hijo. Dios puede remitir tus transgresiones, porque cargó en su Hijo unigénito esas transgresiones hace dos mil años. Si crees en Jesús, (y de esto se trata), entonces debes saber que tus pecados fueron alejados de ti por aquel que representaba el macho cabrío expiatorio de su pueblo.

¿Qué es creer en él?

¿Qué es creer en él? No meramente decir: "Es Dios y Salvador," sino confiar en él total y enteramente, aceptándole para toda tu salvación desde hoy y para siempre, tu Señor, tu Soberano, tu todo. Si tú quieres tener a Jesús, él ya te tiene a ti. Si crees de verdad en él te aseguro que no podrás irte al infierno; porque sería anular el sacrificio de Cristo. No es posible que un sacrificio se acepte, y que a pesar de ello muera el alma por la cual ha sido aceptado. Si el alma del creyente se pudiera condenar, ¿entonces por qué un sacrificio? Si Jesús murió en mi lugar ¿por qué morir yo también? Todo creyente puede afirmar que fue hecho un sacrificio expiatorio para él: por fe ha colocado su mano sobre el sacrificio, haciéndole suyo, y por lo mismo puede descansar seguro de que nunca perecerá. El Señor Dios no recibiría este sacrificio hecho para nosotros a fin de luego condenarnos a morir. Dios no puede leer nuestro perdón escrito en la sangre de su propio Hijo y luego herirnos de muerte. Eso es imposible. ¡Dios te conceda la gracia ahora mismo para mirar solo a Jesús, para empezar desde el principio, desde Jesús mismo, quien es el origen de misericordia para el hombre culpable!

"Él justifica al impío." "Dios es el que justifica," por lo tanto y por esa sola razón se puede hacer, y lo hace por medio del sacrificio expiatorio de su divino Hijo. Por esa razón puede hacerse con justicia, y con tanta justicia que nadie podrá ponerlo en duda jamás, tan cuidadosamente que ni en el último y tremendo día, cuando los cielos y la tierra hayan llegado a su fin, habrá quien niegue la validez de esta justificación. "¿Quién es el que condenará? Cristo el que murió." "¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica."

¡Atención, pobre alma! ¿Quieres entrar en este bote salvavidas tal cual eres? ¡Aquí estarás perfectamente a salvo del naufragio! Acepta esta salvación segura. Acaso dirás: "Nada hay en mí que pueda traer como una recomendación." Nadie te pide que traigas nada. Los que escapan de la muerte, dejan atrás hasta la ropa. Apresúrate y ponte a salvo tal cual eres.

Te contaré algo personal para animarte. Mi única esperanza de entrar en la gloria descansa en la plena redención de Cristo realizada en la cruz del Calvario por el impío. En eso confío firmemente. No tengo ni sombra de esperanza en otra cosa. Tú te hallas en la misma condición que yo, pues nadie tiene mérito alguno digno de ser considerado como base digna de confianza. Tomémonos de las manos, coloquémonos juntos al pie de la cruz, y entreguemos nuestras almas de una vez para siempre al que derramó su sangre por los culpables. Nos salvaremos ambos por un mismo Salvador. Si tú pereces confiando en él, pereceré yo también. ¿Qué más puedo hacer para probarte mi propia confianza en el evangelio que te proclamo?

6. ACERCA DE SER LIBRES DE PECAR

El pecado es un enemigo poderoso

Aquí diré unas sencillas palabras a los que comprenden la idea de la justificación por la fe en Cristo Jesús, pero cuya dificultad consiste en no poder dejar de pecar. No es posible que nos sintamos felices, reposados y espiritualmente sanos mientras no lleguemos a ser santificados. Es preciso que seamos librados del dominio del pecado. Pero ¿cómo se logra esto? Esta cuestión es de vida o de muerte para muchos. La antigua naturaleza es muy fuerte, y han procurado dominarla y domarla; pero no quiere ceder, y aunque deseosos de mejorarse, terminan peor que antes. El corazón es tan duro, la voluntad tan rebelde, la pasión tan ardiente, los pensamientos tan inestables, la imaginación tan indomable, los deseos tan salvajes que el hombre siente que lleva adentro una cueva llena de bestias salvajes que acabarán por devorarle antes de que llegue él a dominarlas. Respecto a nuestra naturaleza caída podemos decir nosotros lo que dijo el Señor a Job sobre el leviatán: "¿Jugarás con él como un pájaro, o lo atarás para tus niñas?" Más fácil le sería al hombre detener con la mano el viento que refrenar por su propia fuerzas los poderes tempestuosos que moran en su naturaleza caída. Esta es una empresa mayor que cualquiera de los legendarios portentos de Hércules: aquí se necesita a Dios.

Mi problema es que vuelvo a pecar

"'Yo podría creer que Jesús me perdonaría el pecado,' dice alguien, 'pero mi problema es que vuelvo a pecar y que tengo inclinaciones terribles al mal en mi ser.' Tan cierto como la piedra tirada al aire pronto vuelve a caer, así yo. Aunque por la predicación poderosa sea elevado al cielo, vuelvo a caer en mi estado de insensibilidad. ¡Ay de mí! Fácilmente quedo hipnotizado por los ojos terribles del pecado quedando bajo su encanto, de manera que no escape de mi propia insensatez."

Querido amigo, si la salvación no se ocupara de esta parte de nuestro estado de ruina, resultaría ser tristemente defectuosa. Deseamos ser perdonados al igual que purificados. La justificación sin la santificación no sería ninguna salvación. Tal salvación llamaría al leproso limpio, dejándole morir de lepra. Perdonaría la rebelión, dejando que el rebelde siguiera siendo enemigo del soberano. Quitaría las consecuencias pero descuidaría la causa, lo que nos enredaría en una tarea desesperada y sin fin. Detendría por un momento el curso del río, dejando abierta la fuente de contaminación, de modo que tarde o temprano acometería con mayor fuerza. Acuérdate que el Señor Jesús vino a quitar el pecado de tres maneras: vino a salvar de la culpa del pecado, del poder del pecado y de la presencia del pecado. Te es posible llegar a la segunda parte inmediatamente. El poder del pecado se puede quebrantar inmediatamente, y así estarás en camino a la tercera parte; a saber, la eliminación de la presencia del pecado. "Sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados."

El ángel dijo del Señor: "Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados." Nuestro Señor Jesús vino para destruir en nosotros las obras del diablo. Lo dicho en el nacimiento de nuestro Señor, fue declarado también en su muerte; porque al abrirse su costado, salió sangre y agua para significar la doble sanidad por la cual quedamos salvos de la culpa y de la contaminación del pecado.

Un corazón nuevo

Sin embargo, si te preocupan el poder del pecado y las inclinaciones de tu naturaleza, como bien puede ser el caso, hay una promesa para ti. Confía en ella, porque forma parte de ese pacto de gracia que ha sido ordenado para todas las cosas y es seguro. Dios, que no puede mentir, ha declarado en Ezequiel 36:26: *"Os daré corazón nuevo, pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne."*

Como ves, en todo entra el *Yo* divino: Yo –daré –pondré –quitaré –daré. Tal es el estilo real del Rey de reyes, poderoso, quien es poderoso para realizar su soberana voluntad. Ninguna de sus palabras quedará sin cumplir.

Bien sabe el Señor que tú no puedes cambiar tu propio corazón, ni limpiar tu propia naturaleza, pero también sabe que él es poderoso para hacer ambas cosas. Dios puede cambiar la piel del etíope y extraer las manchas del leopardo. Oye esto, y admírate: él te puede crear de nuevo, hacer que nazcas de nuevo. Esto es un milagro de gracia, pero el Espíritu Santo lo hará. Sería un gran milagro estar al pie de las cataratas del Niágara, y con un palabra mandar a la corriente volver atrás y subir el gran precipicio sobre el cual hoy se lanza con prodigioso poder. Únicamente el omnipotente poder de Dios podría hacer esa maravilla. Es un paralelo adecuado a lo que sucedería, si se revirtiera el curso de tu naturaleza. Para Dios todo es posible. Él es poderoso para volver atrás el curso de tus deseos, la corriente de tu vida, de modo que en lugar de bajar alejándote de Dios, suba hacia Dios. Esto es en realidad lo que el Señor ha prometido hacer con todos los incluídos en el pacto, y sabemos por las Escrituras que todos los creyentes están incluidos en él. Leamos de nuevo sus palabras:

"Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne."

¡Cuán maravillosa es esta promesa! Y en Cristo es "el sí" y "el amén" para la gloria de Dios por nosotros. Hagámosla nuestra, aceptémosla como cierta, apropiémonos de ella. Así se cumplirá en nosotros, y en días y años venideros tendremos que cantar del cambio maravilloso que ha obrado la gracia soberana en nosotros.

Muy digno de consideración es el hecho de que, quitando el Señor el corazón de piedra, queda quitado, y cuando lo ha hecho, ningún poder conocido podría jamás quitarnos ese corazón nuevo que nos da y ese espíritu recto que pone en nuestro interior. "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios," es decir sin arrepentimiento, o cambio de parecer, de parte de Dios, no quitando lo que una vez ha dado. Permite que te renueve y quedarás renovado. Las reformas y limpiezas que emprende el hombre pronto pasan, porque el perro vuelve a vómito. Pero cuando Dios nos da un corazón nuevo, nos queda para siempre, ni volverá a ser de piedra. Podemos regocijarnos y alegrarnos eternamente en lo que Dios procede en el reino de su gracia.

Dicho de un modo sencillo: ¿has oído el relato del señor Rowland Hill acerca del gato y el cerdo? Lo contaré en mi propio estilo para ilustrar las expresivas palabras del Salvador: "Os es necesario nacer de nuevo." ¿Ves ese gato? ¡Qué limpio es! ¿Ves como hábilmente se lava con la lengua y las patas? De verdad, ofrece un bonito espectáculo. ¿Has visto jamás a un cerdo hacer lo mismo? ¡Por cierto que no! Tal cosa sería contra la naturaleza del cerdo. Éste prefiere revolcarse en el fango. Enseña al cerdo a lavarse, y verás qué poco éxito tendrás. Sería una mejora sanitaria de gran valor si los cerdos fueran limpios. ¡Enséñale a lavarse y limpiarse como hace el gato! Empresa inútil. Puedes limpiar al cerdo por la fuerza, pero enseguida volverá al fango, quedando tan sucio como antes. El único modo de hacer que el cerdo se lave como el gato, es transformarlo en gato. Sólo así se lavará y limpiará, pero no antes. Supongamos realizada la tal transformación. Lo que antes era difícil o imposible, ahora es fácil, muy fácil, el cerdo será en adelante apto para entrar en la sala y dormir sobre la alfombra al lado de la estufa. Lo tal sucede con el impío. No puedes forzarlo a hacer lo que el hombre renovado hace de muy buena voluntad. Puedes enseñar bien al impío, dándole un buen ejemplo, pero es incapaz de aprender el arte de la santidad, por cuanto carece de facultad y mente para ello: su naturaleza lo lleva por otro camino. Cuando Dios lo transforma en un hombre nuevo, todo cambia de aspecto. Tan marcado es este cambio que oí a un convertido decir: "O todo el mundo ha cambiado, o he cambiado yo." La nueva naturaleza sigue en pos del bien tan naturalmente como la vieja naturaleza andaba en pos del mal. ¡Qué gran bendición es obtener esta nueva naturaleza! Únicamente el Espíritu Santo te la puede dar.

¿Has pensado alguna vez en qué maravilloso es que el Señor dé un corazón nuevo y un espíritu recto al hombre? Has visto, quizá, a una langosta que, peleándose con otra langosta, perdió un pata, pero le volvió a crecer una nueva. Cosa admirable es esto, pero muchísimo más maravilloso es que el hombre reciba un corazón nuevo. Esto, sí, que es un milagro, que escapa al poder de la naturaleza. Allí está un árbol. Si cortas una de sus ramas, otra podrá crecer en su lugar; pero ¿puedes cambiar su naturaleza, puedes volver dulce la savia amarga, puedes hacer que el espino produzca higos? Podrás injertarle algo mejor, siendo esto la analogía que la naturaleza nos ofrece de la obra de la gracia; pero cambiar totalmente la savia vital del árbol, sería un milagro de verdad. Tal prodigio y misterio de poder obra Dios en todos los que creen en Cristo Jesús.

Si te sometes

Si te sometes a su operación divina, el Señor transformará tu ser. El subyugará la naturaleza vieja, y te dará nueva vida. Confía en el Señor Jesús y él te quitará el corazón de piedra y te dará un corazón de carne. Todo lo duro será blando, todo lo vicioso virtuoso, toda inclinación hacia abajo se elevará con fuerza viva hacia arriba. El león furioso dará lugar al cordero manso; el cuervo inmundo huirá de la paloma blanca; la serpiente engañosa quedará aplastada bajo el pie de la verdad.

Con mis propios ojos he visto tales cambios admirables del carácter moral y espiritual, por lo que no desespero de la maldad de nadie. Si no fuera indecoroso, señalaría a mujeres impuras, hoy puras como la blanca nieve, y a hombres blasfemos que actualmente alegran a todos por su conducta y devoción. Los ladrones se transforman en personas honradas, los borrachos en sobrios, los mentirosos en veraces, los burladores en personas sensatas y celosas de la causa del Señor. Donde quiera que la gracia de Dios se haya manifestado, ha enseñado al hombre a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir templada, justa y píamente en este siglo malo. Y, querido lector, *lo mismo hará la gracia para ti.*

"Yo no puedo efectuar este cambio," me dirás. ¿Quién ha dicho que puedes? Las Escrituras que hemos citado no hablan de lo que hará el hombre, sino de lo que hará Dios, y a él le corresponde cumplir sus propias promesas. Confía en que él cumplirá su Palabra en ti, y ciertamente lo hará.

"¿Pero cómo lo hará?" ¿Para qué lo quieres saber? ¿Será necesario que Dios explique su modo de obrar antes de que creas en él? Su proceder en este caso es un gran misterio: el Espíritu Santo lo lleva a cabo. Él, que ha hecho la promesa, es

el responsable de cumplirla y tiene poder para hacerlo. Dios que promete efectuar tan asombrosa operación, la llevará a cabo, sin duda alguna, en todos los que por fe reciban a Jesús, porque a todos los que lo reciben, les da potestad de se hechos hijos de Dios. ¡Quiera Dios que lo creas! Ojalá des al Señor de gracia el honor de creer que él puede y quiere hacer esto en ti, ¡y qué gran milagro que será! ¡Ojalá creas que Dios no puede mentir! ¡Ojalá que confíes en él, a fin de que te dé un corazón nuevo y un espíritu recto, ya que él es poderoso para hacerlo! ¡Concédate el Señor fe en sus promesas, fe en su Hijo, fe en el Espíritu Santo, fe en él mismo! Así sea. Y a él sea dada alabanza, honra y gloria para siempre jamás. Amén.

7. POR GRACIA POR MEDIO DE LA FE

La fuente originaria (la gracia)

"Por gracia sois salvos por medio de la fe." (Efesios 2:8)

Suplico al lector que reflexione en espíritu de adoración *la fuente originaria* de nuestra salvación que es la gracia de Dios. "Por gracia sois salvos." Los pecadores son convertidos, perdonados, purificados, salvos, todo porque Dios es un Dios lleno de gracia. No es por nada que haya en ellos o que jamás pueda haber en ellos que obtienen la salvación, sino que se salvan por el amor infinito, por la bondad, la compasión, la misericordia, y la gracia de Dios. Detente, pues, por un momento en la fuente originaria. Contempla el río cristalino del agua de vida que emana del Trono de Dios y del Cordero.

¡Qué profunda es la gracia de Dios! ¿Quién sondeará su profundidad? Al igual que los demás atributos de Dios, es infinita. Dios está lleno de amor, porque "Dios *es* amor." Dios está lleno de bondad porque es bondad. La bondad infinita y el amor infinito forman parte de la esencia de la Divinidad. Por la razón de que "para siempre es su misericordia" que la humanidad no ha sido destruida; porque su compasión nunca deja de ser, los pecadores son atraídos a él por él, y son perdonados.

Acuérdate bien de esto, no sea que caigas en el error de fijarte demasiado en la fe que es el cause de la salvación, de modo que olvides la gracia que es la fuente y el origen de la fe misma. La fe es obra de la gracia de Dios en nosotros. Nadie puede decir que Jesús es Cristo, el Ungido, sino por el Espíritu Santo. "Ninguno puede venir a mí," dice Jesús, "si el Padre que me envió no lo trajere." Así es que esa fe que acude a Cristo es resultado de la obra divina. La gracia es la causa activa, primera y última de salvación. Y la fe, aunque es esencial, es solo una parte importante del método que la gracia emplea. Somos salvos "por medio de la fe," pero la salvación es "por gracia." Proclamemos estas palabras, como por trompeta de arcángel: "Por gracia sois salvos." ¡Qué buena nueva es ésta para el indigno!

Un cauce (la fe)

La fe ocupa el lugar de un cauce. La gracia es la fuente y la corriente; la fe es el acueducto por el cual fluye el río de misericordia para refrescar al hombre sediento. Es una lástima cuando se rompe el acueducto. Muy triste es el espectáculo de muchos acueductos costosos en los alrededores de Roma, que ya no conducen más agua a la ciudad porque los arcos acueductos están rotos y sus maravillosas estructuras yacen en ruinas. El acueducto debe mantenerse en perfectas condiciones para llevar el agua, y del mismo modo, la fe debe ser verdadera y sana fluyendo directamente a Dios y bajando directamente a nosotros para que sea un conducto útil de misericordia para nuestra alma.

Otra vez te recuerdo que la fe sólo es el cauce o acueducto y no la fuente, y que no debemos fijarnos tanto en ella que la elevemos por encima de la fuente de toda bendición que es la gracia de Dios. *No te hagas nunca un Cristo de tu fe,* ni pienses en ella como si fuese la fuente indispensable de salvación. Hallamos la vida cuando confiamos en el Crucificado, no por confiar en nuestra propia fe. Por medio de la fe todas las cosas nos son posibles; sin embargo, el poder no está en la fe, sino en Dios, de quien la fe depende. La gracia es la poderosa locomotora y la fe es la cadena, por la cual el vehículo del alma se aferra a la gran fuerza motriz. La justicia de la fe no es la excelencia moral de la fe, sino la justicia de Cristo Jesús que la fe acepta y de la cual se apropia. La paz del alma no se deriva de la contemplación de nuestra fe, sino que nos viene de aquel que "es nuestra paz," el borde cuyo vestido la fe toca, y emana de él la virtud que entra en el alma.

Aprende esto, pues, querido amigo, que la debilidad de tu fe no te destruirá. Aun una mano temblorosa puede recibir una dádiva de oro precioso. La salvación nos puede venir por una fe tan pequeña como un grano de mostaza. El poder yace en la gracia de Dios, no en nuestra fe. Se pueden enviar grandes mensajes por finitos alambres, y el testimonio del Espíritu Santo que comunica paz, puede llegar al corazón por medio de una fe tan finita que apenas merece tal nombre. Piensa más en AQUEL que miras que en la mirada misma. Es preciso quitar la vista de tu propia persona y de lo que te rodea a fin de no ver más que a "Jesús" y la gracia de Dios en él revelada.

8. LA FE, ¿QUÉ ES?

La cosa más sencilla del mundo pero difícil de explicar

¿Qué es esta fe, de la cual se dice: "Por gracia sois salvos por medio de la fe"? Existen muchas descripciones de la fe, pero casi todas las que he encontrado me han hecho entenderla menos que antes de leerlas. Cierto señor dijo al leer un capítulo que lo iba a *embrollar*, lo que probablemente hizo, aunque intentaba decir que lo iba a *explicar.* Podemos explicar la fe al punto que nadie la entiende. La fe es la cosa más sencilla de todas las cosas del mundo, y quizá por su sencillez sea más difícil explicarla.

Conocimiento

¿Qué es fe? Se compone de tres cosas: conocimiento, creencia y confianza. Primero viene *el conocimiento.* "¿Cómo creerán a aquel de quien no han oído?" Necesito saber de un hecho antes de que me sea posible creerlo. "La fe es por el oír." Es preciso oír para saber lo que se ha de creer. "En ti confiarán los que conocen tu nombre." Es indispensable contar con algo de conocimiento para poder tener fe; de aquí la importancia de adquirir conocimiento. "Inclinad vuestro oídos, y venid a mí; oíd y vivirá vuestra alma", dijo el profeta en la antigüedad y lo mismo dice hoy el evangelio. Escudriña las Escrituras y aprende lo que el Espíritu Santo enseña respecto a Cristo Jesús y su salvación: "Es necesario que el que se acerca a Dios, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan." ¡Concédate el Espíritu Santo el espíritu de conocimiento y de temor del Señor! Busca conocer el evangelio: conocer sus buenas nuevas, cómo habla del perdón gratuito, del cambio de corazón, de la adopción a la familia de Dios, y de otras bendiciones innumerables. Conoce especialmente a Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, unido a nosotros por su naturaleza humana, y aun así siendo uno con Dios, por lo que es idóneo para obrar como Mediador entre Dios y los hombres, capacitado para colocar su mano sobre ambos y de ser el eslabón entre el pecador y el Juez de toda la tierra. Procura conocer a Cristo Jesús más y más. Procura conocer de un modo especial la doctrina del sacrificio expiatorio de Cristo, ya que el punto en que la fe salvadora se fija principalmente es éste: "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados." Procura saber que Jesús fue hecho por nosotros maldición, como está escrito: "Maldito todo el que es colgado en un madero." Profundiza bien la doctrina acerca de la obra de la sustitución de Cristo; porque en ella está el consuelo más bendito para los hijos de los hombres culpables, puesto que Dios "por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." La fe empieza con el conocimiento.

Creer

De aquí, pasa la mente a *creer* que estas cosas son ciertas. El alma cree que Dios existe y que oye el clamor de los corazones sinceros, que el evangelio procede de Dios, que la justificación por la fe es la gran verdad que Dios ha revelado en estos postreros tiempos con más claridad que antes. Luego el corazón cree que Jesús ciertamente es nuestro Dios y Salvador, el Redentor de los hombres, el Profeta, Sacerdote y Rey de su pueblo. Todo esto lo acepta el alma como verdad cierta e indudable. Pido a Dios que llegues enseguida a tener esta fe. Afírmate en la creencia de que la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado: que su sacrificio expiatorio fue perfecto y plenamente aceptado por Dios en lugar del hombre, de modo que el que en Jesús cree, no es condenado. Cree en estas verdades, como crees en otras afirmaciones, porque la diferencia entre la fe común y la fe salvadora consiste principalmente en los objetos a los que ella se aplica. Cree en el testimonio de Dios, como crees en el testimonio de tu propio padre o de un amigo. "Si recibimos el testimonio del hombre, mayor es el testimonio de Dios."

Confiar

Hasta aquí has ido adelantando en el camino de la fe. Sólo falta una parte más para completarla, a saber *confiar*. Entrégate confiado al Dios de misericordia; pon tu confianza en el evangelio de gracia; entrega tu alma confiadamente al Salvador muerto y resucitado por ti; contempla confiado la limpieza de tus pecados en la sangre expiatoria de Jesús; acepta cual tuya su justicia perfecta, y estarás bien. La confianza es la esencia vital de la fe: sin ella no hay fe salvadora. Los puritanos solían explicar la fe usando la palabra "reclinación", en el sentido de apoyarse reclinado sobre algo. Apóyate con todo tu peso sobre Cristo. Una ilustración aún mejor sería decir: extiéndete tendido, recostado sobre la Roca de los Siglos. Abandónate en los brazos de Jesús, descansa en él. Si lo has hecho así, has puesto en práctica la fe salvadora.

La fe no es cosa ciega, porque la fe empieza con el conocimiento. No es cosa de conjeturas, porque la fe cree hechos ciertos. No es cosa impráctica, imaginaria, porque la fe confía, juega su destino en la verdad de la revelación divina. Éste es un modo de describir la fe. Me pregunto si ya lo habré embrollado.

La fe es…

La fe es creer que Cristo es lo que dijo ser y que hará lo que ha prometido hacer y luego esperar que cumplirá lo prometido. Las Escrituras hablan de Jesucristo como Dios, Dios manifestado en carne humana; como perfecto en carácter; como sacrificio expiatorio por nuestro pecados, como quien lleva nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Las Escrituras hablan de él como quien ha puesto fin a las transgresiones, concluido el pecado e introducido la justicia eterna. La Biblia nos dice además que resucitó de los muertos, que vive para siempre intercediendo por nosotros, que ha ascendido a la gloria, tomando posesión de los cielos en favor de su pueblo y que pronto volverá para "juzgar al mundo en justicia y su pueblo con rectitud". Debemos creer firmemente que así es, porque éste es el testimonio de Dios el Padre, cuando dijo: "Este es mi Hijo amado; a él oíd". A éste rinde testimonio también el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo ha testificado de Cristo tanto por la Palabra inspirada como por diversos milagros y su obra en el corazón de los hombres. Tenemos que creer que este testimonio es cierto.

La fe cree también que Cristo hará lo que ha prometido. Que habiendo prometido no echar fuera a nadie que a él acude, es incuestionable que no nos echará fuera a *nosotros* si acudimos a él. La fe cree que, porque él dijo: "El agua que yo le daré, será una fuente de agua que salte para vida eterna," tiene que ser verdad, de modo que si *nosotros* recibimos de Cristo este agua de vida, permanecerá en *nosotros* y saltará en *nosotros* en corrientes de una vida santa. Cualquier cosa que Cristo ha prometido hacer, la hará, y debemos creerlo, para así esperar de su mano el perdón, la justificación, la preservación y la gloria eterna, según se lo ha prometido a los que creen en él.

Luego viene el siguiente paso necesario. Jesús es lo que dice ser, Jesús hará lo que ha prometido hacer, y por lo tanto cada uno debe *confiar* en él, diciendo: "Será para mí lo que dice ser y hará lo que ha prometido hacer; y yo me entrego a las manos del que recibió la tarea de salvar para que me salve a mí. Descanso en su promesa confiando en que hará lo que ha dicho." Tal es la fe salvadora, y quien la posee, tiene vida eterna. Sean cuales fueren sus peligros y pruebas, tinieblas y temores, debilidades o pecados, el que así cree en Cristo Jesús no es condenado, ni vendrá jamás a condenación.

¡Ojalá que te sirva esta explicación! Confío que el Espíritu de Dios lo usará para dar a mi lector la paz inmediata, "No temas; cree solamente." Confía y reposa en paz.

Hazlo

Pero temo que el lector quede contento con el mero conocimiento de lo que es necesario hacer sin nunca hacerlo. Mejor es la fe más débil obrando que el mejor conocimiento que sigue en la etapa de las conjeturas. Lo grande es creer en el Señor Jesús en este mismo momento. No te preocupes de hacer distinciones y definiciones. El hambriento come sin comprender la composición química de los alimentos, la anatomía de la boca y el proceso digestivo: vive porque come. Otro, mucho más conocedor, puede comprender perfectamente la ciencia de la nutrición, pero si no come, morirá a pesar de su conocimiento. Sin duda hay muchos en el infierno que comprendieron bien la doctrina de la fe, pero que no la creyeron. Por otra parte, ni uno de los que han confiado en el Señor Jesús han perecido, aun cuando no supieron explicar bien su fe. Querido lector, recibe al Señor Jesús como el único salvador de tu alma, y vivirás eternamente. *"El que en él cree tiene vida eterna."*

9. ¿CÓMO ILUSTRAR LA FE?

Para aclarar

Para aclarar aun más el asunto de la fe daré aquí algunas ilustraciones. Aunque sólo el Espíritu Santo puede dar vista al ciego, es tanto mi deber como placer proporcionar al lector toda la luz que me sea posible, pidiendo al Señor que abra los ojos ciegos. Haga Dios que el lector pida lo mismo.

La fe es como el ojo, la mano y la boca

La fe es semejante al cuerpo humano. Es *el ojo* el que mira. Por el ojo introducimos en la mente los objetos lejanos. Por una mirada podemos en un instante introducir en la mente al sol y las estrellas lejanas. De la misma manera, por la fe podemos hacer que Jesús se nos acerque, y que aunque esté en el lejano cielo, entre en nuestro corazón. Solo mira a Jesús, porque contiene la verdad del cántico que dice:

"Hay vida en una mirada al Crucificado...
Hay vida en este instante para ti."

La fe es *la mano* que recoge. Cuando la mano recoge y se apropia de algo, hace precisamente lo mismo que la fe al apropiarse de Cristo y las bendiciones de la redención. La fe dice: "Jesús es mío." La fe oye hablar de la sangre por medio de la cual hay perdón y exclama: "la acepto para que me perdone". La fe llama suyos los legados del Jesús agonizante y lo son, porque la fe es heredera de Cristo, se dio a sí mismo y todo lo que tiene a la fe. Aprópiate, amigo, de lo que la gracia te ha legado. No la estarás robando, porque tienes el permiso divino: "El que quiere tome del agua de vida gratuitamente." El que puede conseguir un tesoro sencillamente por recogerlo con la mano, será ciertamente necio si sigue siendo pobre.

La fe es *la boca* que se alimenta de Cristo. Antes de que la comida nos alimente, es preciso tomarlo. Cosa sencilla es comer y beber. De buena gana tomamos en la boca el alimento consintiendo ingerirlo por el aparato digestivo, donde finalmente se absorbe constituyéndose parte del cuerpo. Pablo dice en su carta a los Romanos, capítulo diez: "Cerca de ti está la palabra, en tu boca." Entonces, lo que resta es ingerirla dejando que llegue al alma. ¡Ojalá tuvieran los hombres hambre espiritual! Porque el hambriento que ve la comida delante de él, no necesita aprender a comer. "Dame un cuchillo, un tenedor y la oportunidad," dijo alguien. Para lo demás estaba plenamente preparado. En verdad, un corazón hambriento y sediento de Cristo sólo necesita saber que está convidado para recibirle enseguida. Si tú, lector, estás en esta condición, no vaciles en recibirle, pues puedes estar seguro de que nunca serás reprendido por hacerlo: porque "a todos los que le recibieron ... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." Él no rechaza a nadie que a él acude sino que lo recibe y lo autoriza a ser su hijo eternamente.

Las ocupaciones ordinarias de la vida

El comerciante entrega su dinero al cuidado de un banquero, confiando totalmente en su honradez y en la solidez de su banco. Entrega su capital en manos de otro, y se siente más tranquilo que si loa guardara en su propia casa.

El marino se encomienda al mar. Cuando va a nadar quita los pies del fondo y flota confiado en el océano. No podría nadar si no se abandonara totalmente al elemento líquido.

El platero pone su costoso metal en el fuego que parece ávido de consumirlo, pero luego lo saca purificado por el calor.

En cualquier esfera de la vida puedes ver la fe en práctica entre hombre y hombre, o entre hombre y ley natural. Ahora bien, precisamente como en la vida diaria practicamos la confianza, así debemos hacerlo respecto a Dios, según se nos revela en Cristo Jesús.

Diversos grados

La fe existe en diferentes personas en diversos grados según su medida de conocimiento o crecimiento en la gracia. A veces la fe no es más que un sencillo *aferrarse* a Cristo: un sentimiento de dependencia y de voluntad de depender de él. En la orilla del mar verás ciertos moluscos aferrados a las rocas. Sube suavemente en la roca, pega al molusco con el bastón, y verás cómo se desprende enseguida. Repítelo con otro molusco cercano. Éste ha oído el golpe, ha quedado avisado, y se aferra con toda su fuerza a la roca. No, no lo desprenderás. Pégale tanto como quieras. Antes romperás el bastón que desprender el molusco. El pobre no sabe mucho, pero sabe aferrarse a la roca. No sabe la composición geológica de la roca, pero se aferra a ella. Sabe aferrarse y tiene algo firme a lo cual hacerlo. Ésta es la suma de su conocimiento y lo usa para su seguridad y salvación. Aferrarse a la roca es la vida del molusco, y la vida del pecador es aferrarse a Cristo. Miles de almas del pueblo de Dios no tienen más fe que ésta; saben lo suficiente para aferrarse a Jesús con todo su corazón y toda su alma, y esto basta para su paz actual y para su seguridad eterna. Jesús es para ellas un Salvador fuerte y poderoso, una roca inmovible e inmutable. A ella se aferran vivamente y este aferrarse las salva. Lector, ¿no podrás tu apegarte a Cristo también? Hazlo ahora mismo.

La superioridad del otro

La fe se manifiesta cuando una persona confía en alguien por su conocimiento de la superioridad del otro. Esta fe es mayor: fe que conoce y reconoce la razón de su dependencia y obra conforme a tal conocimiento. No creo que el molusco sepa de la roca, pero conforme va creciendo la fe se hace más y más inteligente. Un ciego se entrega a su guía, porque sabe que éste tiene vista y, confiado en él, va por donde su guía le conduce. Si nació ciego no tiene idea de lo que es la vista, pero sabe que existe tal cosa como la vista, y por lo tanto coloca su mano en la mano del guía dejándose llevar. "Por fe andamos, no por vista." "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron." Aquí tenemos tan buena ilustración de la fe como puede haber: sabemos que Jesús posee la virtud, el poder y la bendición que no poseemos nosotros, y por lo tanto nos entregamos a él para que sea para nosotros lo que no podemos ser para nosotros mismos. Nos entregamos a él confiados como ciego al guía, seguros de que nunca abusará de nuestra confianza, ya que "nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención."

Todo niño que va a la escuela tiene que ejercer fe al aprender del maestro. Éste le enseña geografía, instruyéndole respecto a la forma de la tierra, las naciones y las grandes ciudades. El niño no sabe que estas cosas son ciertas, a menos

que crea en su maestro y en los libros que pone en sus manos. Si quieres ser salvo, esto es lo que te toca hacer con Cristo: sencillamente tienes que saberlo, porque él te lo dice. Tienes que creer que así es, porque él te lo asegura. Tienes que entregarte a él, porque te promete que el resultado será la salvación. Casi todo lo que tú y yo sabemos lo sabemos por fe. Se ha hecho un descubrimiento científico y estamos seguros de él. ¿Por qué razón lo creemos? Por la autoridad de ciertos científicos acreditados. Nunca hemos visto sus experimentos, pero creemos su testimonio. Tienes que hacer lo mismo en cuanto al Señor Jesús: porque él te enseña ciertas verdades, debes ser su discípulo y creer sus palabras; por que él ha realizado ciertas obras debes ser su cliente y confiar en él. Él es infinitamente superior a ti y se te presenta como tu Dueño y Señor pidiéndote que confíes en él. Si lo aceptas a él y a sus palabras, serás salvo.

Nace del amor

Otra forma de fe superior es la que *nace del amor.*¿Por qué confía el niño en su padre? La razón es que el niño ama a su padre. Bienaventurados y dichosos son lo que tienen una fe en Cristo como la de un niño, entretejida con profundo cariño por él, porque esto es descansar seguro en él. Éstos que aman a Jesús así viven fascinados por la hermosura de su carácter, se gozan de su misión y rebosan de alegría por la bondad y gracia que ha manifestado; así es que no pueden menos que confiar en él, porque tanto le admiran, reverencian y aman.

El camino de la fe que nace del amor puede ser ilustrado de la siguiente manera: una señora es esposa de uno de los médicos más eminentes de la actualidad. La ataca una enfermedad peligrosa que la tiene postrada. Pero está maravillosamente calma y tranquila, porque su esposo se ha especializado en esta enfermedad y curado a miles de enfermos como ella. No se inquieta en lo más mínimo, porque se siente perfectamente salva en las manos de uno tan querido como el esposo, en quien la habilidad y el amor se juntan para dar paso a su máxima expresión. Su fe es natural y razonable y el esposo se la merece en todo sentido. Ésta es la clase de fe que el creyente más dichoso ejerce respecto a Cristo. No hay médico como él, nadie puede salvar y sanar como él. Lo amamos y él nos ama a nosotros, y por ello nos entregamos en sus manos, aceptamos lo que nos receta y hacemos lo que nos manda. Estamos convencidos de que mientras él es el director de nuestros asuntos no mandará nada equivocado, porque nos ama demasiado como para permitir que perezcamos o suframos el más mínimo sufrimiento innecesario.

La raíz de la obediencia

La fe es la raíz de la obediencia, y esto se puede ver con toda claridad en los asuntos de la vida. Cuando el capitán confía el buque al piloto para que lo lleve al puerto, éste lo maniobra según sus órdenes. Cuando el viajero confía de un guía para que le conduzca a través de un paraje difícil, éste sigue paso a paso el sendero que el guía le señala. Cuando el enfermo cree en el médico, sigue cuidadosamente sus indicaciones. La fe que rehúsa obedecer los mandamientos del Salvador es pura pretensión, y no salvará jamás el alma. Confiamos en Jesús para que nos salve, él nos da las indicaciones respecto al camino de la salvación; seguimos esas indicaciones y somos salvos. No se olvide de esto mi lector. Confía en Jesús, y dale pruebas de tu confianza haciendo lo que te diga.

El conocimiento seguro

Cierta forma notable de fe *nace del conocimiento seguro:* esto resulta de crecer en la gracia, y es fe que cree en Cristo, porque lo conoce, y confía en él porque ha probado ser infaliblemente fiel. Cierta señora cristiana solía poner P. P. en el margen de su Biblia cuando había puesto a prueba alguna promesa. ¡Cuán fácil es confiar en un Salvador puesto a prueba y hallado fidedigno! No puedes hacer esto todavía, pero lo harás. Todo requiere un principio. A su tiempo tu fe será fuerte. Esta fe madura no pide señales y milagros sino que cree valientemente. Contempla al marino. Muchas veces lo he admirado. Suelta los cables, se aleja de la tierra. Pasan días, semanas, acaso meses sin que vea tierra o reclámenes. No obstante, prosigue adelante noche y día sin temor, hasta hallarse una mañana precisamente frente al puerto deseado, hacia el cual se había dirigido. ¿Cómo ha podido hallar el camino a través del profundo mar sin vestigio de huellas? Pues ha confiado en su brújula, en su carta marina, en su largavistas, en los cuerpos celestes. Y, obedeciendo sus indicaciones, sin ver tierra, ha dirigido su buque tan exactamente que no ha tenido que variar ni un punto el curso para entrar en el puerto. Es cosa maravillosa, eso de navegar sin ver a dónde va. Espiritualmente, es cosa bendita dejar totalmente atrás, fuera de vista, las playas del sentimentalismo, diciendo "Adiós" a los sentimientos interiores, acontecimientos providenciales alentadores, señales y maravillas, y tanto más. Es glorioso hallarse mar adentro en el océano del amor divino, creyendo en Dios y dirigiendo el curso directamente hacia el cielo por las instrucciones de la carta marina, la Palabra de Dios. "Bienaventurados los que no vieron, *y creyeron",* a estos les será dado abundantemente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor, y un viaje seguro. ¿No querrá mi lector poner su confianza en Dios por medio de Cristo Jesús? En

Él confío yo lleno de gozo. Amigo, ven conmigo, y cree en nuestro Padre y nuestro Salvador. ¡Ven ya mismo!

10. ¿POR QUE SOMOS SALVOS POR MEDIO DE LA FE?

¿Por qué?

¿Por qué es la fe el medio escogido para la salvación? Sin duda surge esta pregunta con frecuencia. "Por gracia sois salvos *por medio de la fe"* es por cierto una de las doctrinas de las Sagradas Escrituras y el plan de Dios; pero ¿por qué es así? ¿Por qué escogió la fe y no más bien la esperanza, el amor o la paciencia? Nos conviene responder a esta pregunta con humildad, porque los caminos de Dios no son siempre comprensibles, ni nos permite él ponerlos, arrogantemente, en telas de juicio.

Usado como recibidor

Quisiéramos responder humildemente que Dios ha elegido la fe como medio de la gracia, porque en la fe hay *una capacidad natural* para ser usado como recibidor. Supongamos que voy a dar una limosna a un pobre. La pongo en sus manos, ¿por qué? Sería impropio ponerla en sus oídos, o en sus pies. La mano parece haber sido hecha con el propósito de recibir. Del mismo modo, la fe fue creada a propósito para recibir: es la mano del alma y es acertado recibir la gracia por medio de ella.

Quiero decir esto con mucha claridad. La fe que recibe a Cristo es una acción tan sencilla como cuando tu hijo recibe de ti una manzana, porque tú se la ofreces y prometes dársela si la toma. En este caso, la fe y el recibir se refieren a una manzana, pero constituyen precisamente la misma acción relacionada con la salvación eterna. Lo que es la mano del niño en relación con la manzana, es tu fe en relación con la salvación perfecta de Cristo. La mano del niño no hace la manzana, ni la mejora, ni la merece, sólo la acepta. Y la fe fue elegida por Dios para ser la recibidora de la salvación, porque no pretende crear la salvación, ni ayudar a mejorarla, sino que se contenta con recibirla humildemente. "La fe es la lengua que pide perdón, la mano que la recibe, el ojo que la ve, pero no es el precio que la compra." La fe nunca hace su propia defensa, sino que apoya todo su argumento en la sangre de Cristo. Ella viene ser la buena criada que trae las riquezas del Señor Jesús al alma, pues reconoce de quién las recibió y reconoce que únicamente la gracia se las confió.

Da toda la gloria a Dios

Por otra parte, Dios sin duda escogió a la fe porque *ella da toda la gloria a Dios.* La salvación es por medio de la fe para que sea por gracia, y es por gracia para que nadie se vanaglorie, porque Dios no puede tolerar el orgullo. "Al altivo mira de lejos" y no desea estar más cerca de él. No concederá la salvación de ninguna manera que sugiera o fomente el orgullo. Pablo dice: "No por obras para que nadie se gloríe." Ahora bien, la fe excluye toda gloria. La mano que recibe limosna no dice: "Me debía dar las gracias, porque he aceptado la limosna." Esto sería absurdo. Cuando la mano lleva el pan a la boca, no le dice al cuerpo: "Dame gracias, porque yo te alimento." Muy sencillo es lo que hace la mano, aunque muy necesario, y nunca se atribuye gloria alguna por lo que hace. Del mismo modo, Dios ha escogido la fe para recibir el don inefable de su gracia porque no puede atribuirse ningún mérito, sino que tiene que adorar al Dios de toda gracia que es Dispensador de toda dádiva perfecta. La fe pone la corona en la cabeza que corresponde y por lo mismo Cristo quiso poner la corona sobre la cabeza de la fe, diciendo: "Tu fe te ha hecho salvo; véte en paz."

Un modo seguro de unir al hombre con Dios

Además, Dios escoge la fe como medio de salvación porque *es un modo seguro de unir al hombre con Dios.* Cuando el hombre confía en Dios, hay un punto de contacto entre ellos que garantiza la bendición de parte del Señor. La fe no salva, porque nos hace aferrarnos a Dios y así nos conecta con él. Con frecuencia he usado el ejemplo siguiente que debo repetir por no tener otro mejor. Se dice que, hace años, un bote se volcó cerca de las cataratas del Niágara y dos hombres fueron llevados corriente abajo. Los espectadores en la orilla lograron echarles una cuerda, a la cual los dos se aferraron. Uno de ellos permaneció agarrado a la cuerda y fue jalado sano y salvo a tierra. Pero el otro, viendo un tronco grande flotando en el agua, dejó imprudentemente la cuerda y se aferró al tronco que le parecía más fuerte y mejor para agarrarse a él. Pero ¡ay! la corriente arrastró al tronco con el hombre al abismo, porque no había contacto entre el tronco y la orilla. El tamaño del tronco no lo ayudó al pobre que se aferró a él. Lo que le faltaba era contacto con la orilla. De la misma manera, cuando una persona confía en sus obras, en sacramentos u otra cosa de ese tipo, no será salvo, porque no hay unión entre él y Cristo. Pero la fe, aunque parezca una cuerda delgada, está en las manos del Dios grande a la orilla. Su poder infinito tira de la cuerda de conexión y así rescata al hombre de la perdición. Gloriosa bienaventuranza es la fe, porque ella nos une a Dios.

Por otra parte, Dios ha escogido la fe porque *ella toca los resortes de la acción.* Aun en las cosas ordinarias de la vida, hay cierta clase de fe como raíz de todo. Pienso que no me equivoco si afirmo que nada hacemos sino por medio de

alguna clase de fe. Si atravieso mi habitación es porque creo que me llevarán mis piernas. El hombre come porque cree en la necesidad de alimentarse; acude a su negocio porque cree que hay valor en el dinero; acepta un cheque porque cree que el banco lo aceptará. Colón descubrió América porque creía que había otro continente al otro lado del océano; y los puritanos lo colonizaron porque creían que Dios estaría con ellos en aquellas tierras. Las obras más grandes han nacido de la fe, para bien o para mal la fe obra maravillas por medio de la persona que la tiene. La fe en su forma natural es una fuerza vencedora que entra en toda clase de obra humana. Es probable que quien más se burle de la fe en Dios, es el que más fe tiene, pero para mal. En verdad éste es quien cae en una credulidad que sería ridícula, si no fuera tan vergonzosa. Dios concede la salvación por medio de la fe, porque creando la fe en nosotros, toca el resorte principal de nuestros sentimientos y acciones. Se ha apoderado de las baterías y ahora puede enviar la corriente sagrada a cada parte de nuestro ser. Cuando creemos en Cristo, y el corazón ha acogido a Dios, somos salvos del pecado, siendo llevados al arrepentimiento, a la santidad, al celo santo, a la oración, a la consagración y a todas las demás cosas de la divina gracia. "Lo que es el aceite para las ruedas, lo que son las pesas para el reloj, las alas para el pájaro, las velas para el buque, esto es la fe para los deberes y servicios santos." Ten fe, y le seguirán todas las demás gracias y continuarán firmes.

Además, la fe tiene *la virtud de obrar por el amor.* Empuja el amor hacia Dios y el corazón hacia las cosas mejores, agradables a Dios. El que cree en Dios, amará indudablemente a Dios. La fe es un acto del entendimiento, pero procede también del corazón. "Con el corazón se cree para justicia" y, por los tanto, Dios concede salvación a la fe, porque ésta es vecina del afecto y es el progenitor y nodriza de todo acto y sentimiento santo. El amor a Dios es obediencia, el amor a Dios es santidad. Amar a Dios y amar al prójimo es llegar a ser conforme a la imagen de Cristo, y esto es salvación.

Produce paz y gozo

Por otra parte, la *fe produce paz y gozo,* quien la tiene descansa tranquilo, disfruta de alegría y gozo, es una preparación para el cielo. Dios concede a la fe todos los dones celestiales, entre otras razones porque la fe obra en nosotros la vida y el espíritu que serán eternamente manifiestos en el mundo mejor de la gloria. La fe nos proporciona la armadura para la vida presente y la educación para la venidera. Ella capacita al hombre tanto para vivir como para morir sin temor; lo prepara tanto para la acción como para el sufrimiento y, de aquí que el Señor la ha escogido como el medio más conveniente para comunicarnos la gracia asegurándonos la gloria.

La fe, ciertamente, hace por nosotros lo que ninguna otra cosa puede hacer para brindarnos paz, gozo y descanso espiritual. ¿Por qué procuran los hombres conseguir la salvación por otros medios? Un teólogo viejo dice: "Un criado necio, a quien se manda abrir la puerta, pone su hombro contra la misma empujándola con todas sus fuerzas, pero la puerta no cede, no se mueve, y no puede entrar por mucho que se esfuerce. Otro viene con una llave, abre la puerta y entra con toda facilidad. Los que procuran salvarse por sus obras están empujando las puertas del cielo sin resultado alguno, pero la fe es la llave que abre la puerta inmediatamente." Querido lector, ¿no quieres tú valerte de esta llave? El Señor te ordena creer en su Hijo amado, por lo tanto, puedes hacerlo, y haciéndolo vivirás. ¿No es esta la promesa del evangelio: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo?" (Marcos 16:16). ¿Qué puedes tú alegar contra un camino de salvación que se encomienda a la misericordia y a la sabiduría de nuestro Dios de gracia?

11. ¡AY DE MÍ! NADA PUEDO HACER

Sentimiento de incapacidad

Después de haber aceptado la doctrina de la expiación y comprendido la gran verdad de que la salvación es por medio de la fe en el Señor Jesús, el corazón con frecuencia se inquieta por un sentimiento de incapacidad respecto a hacer el bien. Muchos suspiran diciendo: "¡Ay de mí!: nada puedo hacer." Y no lo dicen como excusa, sino que lo sienten diariamente como carga pesada. Harían el bien si pudieran. Cada uno de ellos podría decir honestamente: "Tengo voluntad de hacerlo, pero no sé como."

Esta experiencia más bien anula y deja sin efecto todo el evangelio, pues ¿para qué sirve el alimento al hambriento si está fuera de su alcance? ¿Para qué sirve el río de agua viva, si el sediento no puede beber? Nos acordamos aquí de la anécdota del médico y del hijo de la madre pobre. El doctor le dijo a la madre que su pequeño pronto mejoraría bajo un tratamiento adecuado. Pero era absolutamente necesario que tomara regularmente el mejor vino y que pasara una temporada en los baños termales de Alemania. ¡Receta para el hijo de una pobre madre que apenas tenía pan para llevar a la boca! De la misma manera, a veces no le parece al corazón atribulado que el sencillo evangelio: "Cree, y vivirás" sea tan sencillo porque pide al pobre pecador que haga lo que no puede hacer. Para el que verdaderamente ha despertado, pero es poco instruido, le parece que falta un eslabón. A lo lejos está la salvación por medio de Cristo, pero ¿cómo obtenerla?

El alma se siente sin fuerzas, y no sabe qué hacer. Está cerca, a la vista de la ciudad de refugio, pero no puede entrar por sus puertas.

¿Ha tenido Dios en cuenta esta falta de fuerzas en el plan de la salvación? Ciertamente que sí. La obra del Señor es perfecta. Empieza donde estamos, y nada nos pide para perfeccionarla. Cuando el buen samaritano vio al viajero herido tendido medio muerto en el camino, no le pidió que se levantara, acercara, montara su asno y se dirigiera a la posada. No, no. Se le acercó, vendó sus heridas y lo puso sobre su cabalgadura y le llevó al mesón. Así nos trata Jesús en el miserable estado en que nos encontramos.

Hemos visto que Dios es el que justifica, que justifica al impío y que lo justifica por medio de la fe en la preciosa sangre de Jesús. Ahora veamos la condición en la cual se halla este impío cuando Jesús obra su salvación. Muchas personas que han despertado no sólo se afligen por su pecado, sino también por su debilidad moral. Carecen de fuerzas para escapar del lodo en que han caído y de guardarse del mismo en el porvenir. No sólo se lamentan por lo que han hecho, sino por lo que no pueden hacer. Se sienten sin fuerzas, sin recursos, sin vida espiritual. Parece extraño decir que se sienten muertas, y no obstante es así. En su propia estimación son incapaces de hacer ningún bien. No pueden andar por el camino al cielo porque tienen los huesos rotos. Se sienten sin fuerzas. Felizmente está escrito como elogio del amor de Dios para con nosotros:

"Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos"(Romanos 5:6).

Aquí vemos socorrida la insuficiencia consciente: socorrida por la intervención del Señor Jesús. Nuestra insuficiencia es extrema. No está escrito: "Cuando aun éramos comparativamente débiles, Cristo murió por nosotros" o "cuando sólo teníamos un poco de fuerza" sino que la afirmación es absoluta, sin limitación: "Cuando aun éramos débiles". No teníamos nada de fuerza que pudiera ayudarnos en la obra de la salvación. Las palabras de nuestro Señor son totalmente ciertas: "Sin mí nada podéis hacer". Podría ampliar el texto y recordarte del gran amor con que el Señor nos amó, "aun estando nosotros muertos en pecados". Estar muerto es aún peor que estar sin fuerzas.

La realidad en que el pobre pecador sin fuerzas debe fijar su mente y retener firmemente como único fundamento de esperanza es la afirmación divina de que "Cristo... a su tiempo murió por los impíos". Cree en esto y toda insuficiencia desaparecerá. La leyenda del rey Midas cuenta que transformaba todo en oro por su tacto. De la misma manera podemos afirmar con toda seguridad, respecto a la fe, que todo lo que toca se vuelve bueno. Nuestras faltas y debilidades se transforman en bendiciones, cuando la fe se ocupa de ellas.

"No tengo fuerza para concentrar mis pensamientos"

Fijémonos en ciertas formas de esta falta de fuerza. Para comenzar dirá alguien: "Me parece que no tengo fuerza para concentrar mis pensamientos en los temas serios relacionados con la salvación, aun una breve oración es casi demasiado para mí. Quizá se deba, en parte a mi debilidad física, en parte por haberme dañado por algún vicio, en parte también por las preocupaciones de esta vida, por lo que no puedo pensar los pensamientos elevados que se requieren para la salvación del alma." Ésta es un forma de debilidad pecaminosa muy común. ¡Escúchame! En este sentido eres débil y hay muchos como tú. Muchos que son totalmente incapaces de dar forma a pensamientos consecutivos, por mucho que se esfuerzan. Muchas personas pobres de ambos sexos carecen de educación, por lo que les es muy difícil engolfarse en pensamientos profundos. Otras son por naturaleza tan superficiales que un proceso extenso de argumentaciones y razonamiento les sería tan imposible como volar por el aire. No llegarían a conocer ningún misterio profundo, aun cuando dedicaran toda su vida a tal empresa. Por tanto, *tú* no necesitas desesperar. Lo que se requiere para ser salvo no es un proceso de mucho pensar, sino confiar sencillamente en Jesús. Aférrate a esta realidad: "Cristo...a su tiempo murió por los impíos." Esta verdad no requiere de tu parte un análisis profundo, ni un razonamiento lógico, ni argumento convincente. La verdad es ésta: "Cristo... a su tiempo murió por los impíos." Fija tu mente en ella, y descansa en ella.

Deja que esta realidad grandiosa, gloriosa, de gracia, more en tu espíritu hasta que perfume todo tus pensamientos y te regocije el corazón. Aunque te sientas sin fuerzas, el Señor Jesús ha llegado a ser tu fuerza y tu canción, sí, ha llegado a ser tu salvación. Según las Escrituras, es un hecho divinamente revelado que, a su tiempo, Cristo murió por los impíos siendo ellos aun débiles. Tal vez hayas oído estas palabras centenares de veces, pero nunca has comprendido su significado. Tienen un sabor agradable ¿no es cierto? Jesús no murió por nuestra justicia sino por nuestros pecados. No vino a salvarnos, porque merecíamos ser salvos, sino porque éramos enteramente indignos, perdidos, inútiles. No vino al mundo por alguna buena razón que hubiera en nosotros, sino exclusivamente por las razones que hallaba en las profundidades de su amor divino. A su tiempo murió por los que él mismo describe no como piadosos sino como impíos, aplicándoles el atributo más nefasto que podía escoger. Aun cuando no te distingas por tu inteligencia, fija tu mente en esta verdad, al alcance del menos brillante, que puede alegrar al corazón más apesadumbrado. Deja que este texto entre en ti y sature todos tus pensamientos, y entonces poco importará que estos se dispersen como hojas llevadas por el viento de otoño. Personas que nunca se distinguieron en las ciencias, ni dieron prueba alguna de originalidad mental, han tenido toda la capacidad de aceptar la doctrina de la cruz y han sido salvas por ella. ¿Por qué no tú?

"No me puedo arrepentir lo suficiente"

Oigo a otro lamentarse: "Mi falta de fuerza consiste principalmente en *no poder arrepentirme lo suficiente."* ¡Singular idea que algunos tienen de lo que es el arrepentimiento! Muchos se imaginan que deben derramar muchas lágrimas, exhalar muchos suspiros, sufrir mucha desesperación. ¿De dónde viene esta idea tan errónea? La incredulidad y la desesperación son pecados, y por lo tanto no veo como pueden constituir parte de un arrepentimiento aceptable. Sin embargo, hay personas que los consideran partes necesarias de la verdadera experiencia cristina. En esto se equivocan grandemente. No obstante, comprendo lo que quieren decir, porque en los días de mis propias tinieblas, solía sentir yo lo mismo. Deseaba arrepentirme pensando que no podía hacerlo, pero en todo ese tiempo me estaba ya arrepintiendo. Por extraño que parezca, me dolía no poder sentir. Solía irme a un rincón y llorar, porque no podía llorar, y sufría amargamente porque no podía sentir sufrimiento por mis pecados. ¡Cuánta confusión cuando en nuestro estado de incredulidad empezamos a juzgar nuestra propia condición espiritual! Somos como el ciego que se mira sus propios ojos. Se me deshacía el corazón de temor, porque creía que mi corazón era duro como una piedra. Mi corazón estaba quebrantado al pensar que no se quebrantaba. *Ahora* comprendo que entonces estaba yo dando muestras de poseer precisamente las cosas que creía no poseer; mas no sabía donde me hallaba.

¡Ojalá que pudiera ayudar a otros encontrar la luz que hoy disfruto! ¡Cuánto quisiera decir una palabra que abreviara el tiempo de confusión en que te encuentras! Quiero decir unas palabras francas, pidiendo al Consolador las aplique a tu corazón.

Acuérdate que el hombre verdaderamente arrepentido nunca está satisfecho con su propio arrepentimiento. Así como no podemos vivir una vida perfecta, no podemos tener un arrepentimiento perfecto. Por puras que sean nuestras lágrimas, siempre queda en ellas alguna suciedad, algo de qué arrepentirnos aún en nuestro mejor arrepentimiento. Pero escucha. Arrepentirse significa cambiar de idea acerca del pecado, acerca de Cristo y acerca de todas las grandes cosas de Dios. Esto implica el dolor, pero el punto principal es que el corazón le da la espalda al pecado y se acerca a Cristo. Si has dado este giro, esta vuelta, posees la esencia del arrepentimiento, aunque la ansiedad y la desesperación han echado sombras sobre tu mente.

Si no puedes arrepentirte como quisieras, hallarás auxilio si crees firmemente que "Cristo... a su tiempo murió por los impíos." Piensa repetidas veces en esto. ¿Cómo podrás continuar con el corazón endurecido teniendo presente que, por su amor supremo, Cristo murió por el impío? Permíteme persuadirte que razones contigo mismo: "Impío como soy, aunque mi corazón de piedra no se ablande y en vano me pegue el pecho, Cristo murió por los que son como yo, ya que murió por los impíos. ¡Ay, que pueda yo creer esto y sentir su poder en mi corazón empedernido!"

Borra todo otro pensamiento de tu mente, siéntate y dedica horas para meditar profundamente en esta sola manifestación excelsa de amor sin par, inmerecida e inesperada: "Cristo... murió por los impíos". Lee cuidadosamente la narración de la muerte del Señor en los cuatro Evangelios. Si hay algo capaz de ablandar tu corazón calloso, será la contemplación de los sufrimientos de Jesús, reflexionando en todo lo que padeció, todo esto para bien de sus enemigos.

"Crucificado en un madero,
Manso cordero, mueres por mí;
Por eso el alma triste llorosa
Suspira ansiosa, Señor, por ti.

Miro tu angustia ya terminada,
Hecha la ofrenda de la expiación,
Tu noble frente mustia, inclinada,
Y consumada mi redención.

¡Dulces momentos, ricos en dones
De paz y gracia, de vida y luz!
Sólo hay consuelos y bendiciones
Cerca de Cristo, junto a la cruz."

Ciertamente la cruz es la vara milagrosa que hace brotar agua de la piedra. Si entiendes el significado total del sacrificio divino de Jesús, te arrepentirás forzosamente de haberte opuesto alguna vez a un Salvador tan lleno de amor. Escrito está: "Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él, como quien se aflige por el primogénito." El arrepentimiento no te hará ver a Cristo, pero el mirar a Cristo te dará arrepentimiento. No debes hacerte un Cristo producto de tu arrepentimiento, sino que debes mirar a Cristo para que te dé arrepentimiento. El Espíritu Santo, al acercarnos a Cristo, nos hace volver la espalda al pecado. Por lo tanto, vuélvete del efecto a la causa, de tu propio arrepentimiento al Señor Jesús quien fue "ensalzado para dar arrepentimiento."

"Me atormentan pensamientos terribles"

He oído a otro decir: "Me atormentan pensamientos terribles. Vaya por donde vaya, me asaltan blasfemias. Me asaltan tentaciones malignas en medio del trabajo y aun en la cama me despiertan las inspiraciones del maligno. No me puedo librar de esta tentación espantosa." Amigo, comprendo lo que quieres decir, porque el mismo lobo me ha perseguido a mí. Más fácil será vencer a un ejército de moscas con un sable que dominar los pensamientos capitaneados por el diablo. El alma tentada, acosada por las sugestiones satánicas es como un viajero, cuya cabeza, orejas y cuerpo entero fue atacado por un enjambre de abejas. No las pudo espantar, ni pudo huir de ellas. Lo picaron por todas partes dejándolo casi muerto.

No me sorprendo de oír que no tienes fuerzas para acabar con esos pensamientos horribles y abominables, con los cuales el diablo inunda tu alma. No obstante, quiero recordarte el texto a la vista: "Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos." Jesús sabía en qué estado nos hallábamos y en qué estado debíamos estar. Veía que no podíamos vencer al príncipe del poder del aire; sabía que nos molesta terriblemente, pero precisamente entonces, viéndonos en esa condición, Cristo murió por los impíos. Echa el ancla de tu fe sobre esto. El mismo demonio no podrá decirte que no eres impío. Cree, pues, que Cristo murió por ti. Acuérdate cómo Martín Lutero aplastó la cabeza de la serpiente con su propia espada. "¡Ah!" le dijo Satanás, "tú eres pecador." "Cierto", respondió Lutero, "Cristo murió para salvar a los pecadores." Así, lo venció con su propia espada. Escóndete en este refugio y quédate en él: "Cristo... a su tiempo murió por los impíos." Si te refugias en esta verdad, los pensamientos blasfemos que no puedes ahuyentar a causa de tu debilidad, se apartarán solos de ti, porque Satanás verá que no te vence atormentándote con ellas.

Si odias tales pensamientos, no son tuyos sino inspiraciones del diablo por los cuales él es responsable y no tú. Si luchas contra ellos, son tan poco tuyos, como las blasfemias y mentiras de los alborotadores en la calle. Por medio de esos pensamientos el demonio intenta llevarte a la desesperación, o cuando menos quiere impedir que confíes en Jesús. La pobre mujer enferma no pudo acercarse a Jesús por causa de la multitud, y tú estás en la misma condición a causa de la multitud de malos pensamientos que te oprimen. Sin embargo, ella extendió su mano y tocó el borde del vestido del Señor, y quedó sana. Haz tú los mismo.

Jesús murió por los culpables "de toda clase de pecado y blasfemia" y, por eso estoy seguro de que no rechazará a los que, sin quererlo, son cautivos de los malos pensamientos. Échate confiado sobre él, pensamientos y todo, y verás como es poderoso para salvarte. Él pondrá fin a esas inspiraciones del maligno y te hará verlas como realmente son, de modo que no te tormenten más. A su manera quiere y puede salvarte, de modo que disfrutes de perfecta paz. Solamente confía en él, tanto respecto a esto como a todo lo demás.

"Me falta poder para creer"

La forma de incapacidad que consiste en la supuesta falta de poder para creer es dolorosamente desconcertante. No nos extraña la queja que dice:

"Con tal que creer pudiera, Muy grato todo sería:
No puedo, si bien quisiera; Es tal la miseria mía."

Muchos permanecen en las tinieblas durante años y años por falta, según dicen, de poder para hacer lo que en realidad no es hacer, sino el renunciamiento a todo poder para entregarse al poder de otro, al Señor Jesús. Es cierto que todo este asunto de creer es cosa muy curiosa, porque las personas no encuentran ayuda porque se esfuerzan por creer. La fe no viene por procurar creer. Si alguien me relatara algo que ocurrió esta mañana, no diría yo que procuraría creer lo que me contó. Si tengo fe en su honradez y se me presentó como testigo ocular, aceptaré su testimonio sin dudar. Si no le creyera persona digna de ser creída, naturalmente no le creería, pero no habría lugar para tal cosa como *procurar creer.* Ahora bien, cuando Dios mismo declara que en Cristo Jesús hay salvación, forzosamente tengo que creerle enseguida, o considerarlo mentiroso. Sin duda que no vacilarás respecto a lo que es el proceder correcto en este caso. El testimonio de Dios tiene que ser cierto y tenemos que creer ya mismo en Jesús.

Pero tal vez has procurado creer demasiado. No aspires a grandiosidades. Conténtate con una fe que abarca esta sola verdad: "Cristo, cuando aún éramos débiles a su tiempo murió por los impíos." El dio su vida por los hombres cuando aún no creían en él, ni eran capaces de creer en él. Murió por los hombres no como creyentes, sino como pecadores. Vino para transformar a estos pecadores en creyentes y santos; pero al morir por ellos los consideraba totalmente sin fuerzas. Si te aferras a la verdad de que Cristo murió por los impíos y lo crees, tu fe te salvará y podrás irte en paz. Si confías tu alma al Señor Jesús que murió por los impíos, eres salvo, aunque todavía no puedas creer en todas las cosas, ni mover montañas, ni hacer otras obras maravillosas. No es la gran fe que salva sino la verdadera fe, y la salvación no está en la fe, sino en el Cristo, en quien la fe confía. Una fe tan pequeña como un grano de mostaza basta para darnos la salvación. No es la medida de fe, sino la sinceridad de la fe la cuestión a considerar. Ciertamente uno puede creer lo que sabe que es la verdad; y como sabes que Jesús es veraz, tú, amigo puedes creer en él.

La cruz que es el objeto de la fe es también, por el poder del Espíritu Santo, la causa de la misma. Siéntate y contempla al Salvador agonizante hasta que la fe brote espontáneamente del corazón. No hay lugar mejor que el Calvario que produzca seguridad. La atmósfera de ese monte santo da vigor a la fe vacilante. Muchos que allí han contemplado al Redentor, han dicho:

Mirándote herido, moribundo En vil madero como delincuente,
La fe en ti, Señor, en lo profundo Del corazón nacer se siente.

No puedo renunciar a mi pecado

"¡Ay de mí!" dices quizás: *"Mi falta de fuerza consiste en que no puedo renunciar a mi pecado y sé que no puedo ir al cielo cargado de pecado."* Me alegro de que lo sabes, porque es la pura verdad. Tienes que divorciarte del pecado para casarte con Cristo. Recuerda la pregunta que le vino a la mente al joven Bunyan ocupado en sus deportes el día domingo: "¿Quieres guardar tus pecados e ir al infierno o abandonar tus pecados e ir al cielo?" Esto lo dejó pasmado. Ésta es una pregunta que todos tendrán que contestar; porque continuar en el pecado e ir al cielo es imposible. Tienes que abandonar el pecado o abandonar la esperanza.

Si contestas: "Sí, voluntad no me falta. Tengo el querer, pero no el poder para hacer lo que deseo. El pecado me domina y no tengo fuerzas." Ven, pues, si no tienes fuerzas, aún hay remedio en este texto: "Cristo, cuando aún éramos débiles, murió por los impíos." ¿Puedes creer *esto* ya? Por más que otras cosas lo contradigan, ¿quieres creerlo? Dios lo ha dicho. Es un hecho, y por lo tanto, acéptalo por amor a tu alma, porque allí está tu única esperanza. Créelo y confía en Jesús, y pronto tendrás poder para destruir tu pecado. Pero aparte de Cristo, el "hombre fuerte armado" te tendrá siempre como esclavo. Personalmente nunca podría haber vencido mi naturaleza pecaminosa. Me esforcé por hacerlo, pero fracasé. Mis malas inclinaciones eran demasiado numerosas, hasta que creí que Cristo murió por mí y entregué mi alma culpable a sus brazos. Entonces recibí el poder para vencer mi propio yo pecaminoso. La doctrina de la cruz puede ser usada para combatir el pecado como los guerreros antiguos usaban enormes espadas de dos filos, diezmando al enemigo a cada golpe. Nada hay como la fe en el Amigo de los pecadores: ésta vence todo mal. Si Cristo murió por mí, impío como soy, y débil como soy, entonces no puedo vivir más en el pecado, sino que debo levantarme, amar y servir al que me ha redimido. No puedo jugar con el mal que ha dado muerte a mi mejor Amigo. Debo ser santo por amor a él mismo. ¿Cómo puedo vivir en el pecado siendo que él murió para salvarme de él?

Qué espléndida ayuda es para el que carece de fuerzas, saber y creer que a su tiempo Cristo murió por los impíos como él. ¿Y tú? ¿Lo has comprendido ya? Es muy difícil para muchas mentes en tinieblas, pervertidas e incrédulas ver la esencia del evangelio. A veces he pensado, al terminar de predicar, que he explicado tan claramente el evangelio, que era imposible que alguien no lo comprendiera. No obstante, he notado que ni mis oyentes más inteligentes han comprendido lo que significa: "Mirad a mí y sed salvos." Los convertidos dicen generalmente que hasta tal o cual día no habían conocido el evangelio, y esto a pesar de haberlo oído durante años. El evangelio es desconocido, no por falta de explicación, sino por falta de revelación personal. El Espíritu Santo está dispuesto a concederla a los que se la piden. Pero, aún después de concedida, la suma total de lo revelado está contenida en las palabras: "Cristo... murió por los impíos."

No puedo permanecer firme

Oigo a otro quejarse diciendo: "¡Ay, ay! Mi debilidad consiste en que no puedo permanecer firme. El domingo oigo la palabra y me impresiona, pero durante la semana me encuentro con alguna mala compañía y mis buenas intenciones se esfuman. Mis compañeros de trabajo no creen en nada y dicen muchas barbaridades. Yo no sé cómo contestarles, y entonces me siento derrotado." Conozco bien al señor Conformista, y le tengo lástima, pero al mismo tiempo, si es realmente sincero, su debilidad puede ser superada con la gracia divina. El Espíritu Santo tiene poder para echar fuera al espíritu de temor. Él puede hacer valiente al cobarde. Acuérdate, pobre amigo vacilante, que no debes quedarte en ese estado. Nunca da resultado que te trates mal y seas mísero contigo mismo. Ponte derecho y mide tu estatura para ver si tu destino es ser como un sapo atrapado entre los dientes del arado que no sabe si quedarse inmóvil o echar a correr. Usa tu razonamiento. Aquí no se trata meramente de un asunto espiritual, sino de valentía diaria. Haría muchas cosas para agradar a mis amigos, pero ir al infierno para darles gusto, no es una de ellas. Está bien hacer esto o aquello para mantener una amistad, pero mantener una amistad con el mundo a costa de la amistad con Dios es algo que nunca conviene. "Eso lo sé" dices, "pero a pesar de saberlo me falta valentía. No me atrevo a darme a conocer, a mostrar quién soy realmente. Me faltan fuerzas para ser firme." Ahora bien, te repito el mismo texto: "Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos." Si el apóstol Pedro estuviera aquí, nos diría: "El Señor Jesús murió por mí aun cuando era yo tan débil que por las palabras de una criada empecé a mentir y jurar que no conocía al Señor." Sí; Jesús murió aun por los débiles que lo abandonaron y huyeron. Convéncete de esta verdad: "Cristo, cuando aún éramos débiles, murió por los impíos." Éste es el camino de salida de la cobardía. Imprime bien esto en tu alma: "Cristo murió por mí," y pronto estarás listo para dar tu vida por él. Créelo: él sufrió en tu lugar, ofreciendo por ti un sacrificio expiatorio, pleno,

auténtico y satisfactorio. Si lo crees, forzosamente tendrás que sentir lo siguiente: "No me puedo avergonzar del que murió por mí." Una convicción total de esta verdad te infundirá un valor a toda prueba. Acuérdate de los santos de la época de los mártires. En los primeros tiempos del cristianismo, cuando este pensamiento del gran amor de Cristo iluminaba con brillo infinito en la iglesia, los cristianos no sólo estaban listos para morir, sino que deseaban sufrir, presentándose espontáneamente de a cientos ante los tribunales confesando a Cristo. No digo que era prudente buscar de esta manera una muerte cruel, pero prueba que sentir el amor de Cristo eleva la mente que entonces supera todo temor al mal que el hombre pueda hacerle. ¿Por qué no haría lo mismo en ti? ¡Ojalá que te inspire ahora a tener la valentía de colocarte al lado del Señor para ser su fiel seguidor hasta el fin!

¡Ayúdenos el Espíritu Santo a llegar a este punto por la fe en el Señor Jesús, y todo resultará para bien!

12. LA FE EN AUMENTO

Cómo aumentar la fe

¿Cómo podemos obtener y aumentar la fe? Ésta es una pregunta que muchos hacen con mucha sinceridad. Dicen que desean creer, pero que no pueden. Se dicen muchas necedades sobre esto. Seamos totalmente prácticos al encarar el tema. Necesitamos tanto sentido común aquí como en otros asuntos relacionados con la vida. ¿Qué debo hacer para creer? Alguien preguntó cual era la mejor manera de hacer cierta cosa, y le contestaron que la mejor manera de hacerla era hacerla ya mismo. Perdemos el tiempo discutiendo métodos cuando, en realidad, la acción es sencilla. La manera más rápida de creer, es simplemente creer. Si el Espíritu Santo te ha hecho sincero, creerás tan pronto como te presente la verdad. Y le creerás, porque es la verdad. El mandamiento evangélico dice: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo." Es inútil evadir esto preguntando y cavilando. El mandato es claro, y debemos obedecerlo.

Oración

Pero si en realidad te molesta alguna duda, *llévala en oración a Dios.* Di al gran Padre exactamente lo que te perturba y pídele que te resuelva el problema por medio del Espíritu Santo. Si no puedo creer las afirmaciones de un libro, preguntarle al autor como él entiende lo que escribió, siempre que sea hombre que merece ser creído, su explicación me dejará satisfecho. Mucho más satisfará al corazón del verdadero buscador de la verdad la explicación divina de los puntos difíciles de las Escrituras. El Señor desea hacerse conocer a los que lo buscan. Acude a él para conocer la verdad. Acude sin demora a la oración y ruega: "Oh Espíritu Santo, guíame a la verdad. Lo que no comprendo, enséñamelo tú."

Oír con mucha frecuencia

Por otra parte, si tener fe te parece difícil, Dios el Espíritu Santo puede capacitarte para creer, *si es que oyes con mucha frecuencia lo que se te manda creer.* Creemos muchas cosas por el hecho de haberlas oído tantas veces: ¿No has notado en tu vida cotidiana que si oyes una cosa cincuenta veces al día, por fin acabas por creerla? Por este proceso muchos han llegado a creer cosas inverosímiles, y por lo tanto no me extraño de que el buen Espíritu bendice el método de oír la verdad con frecuencia, usándolo para producir la fe respecto a lo que tenemos que creer. Está escrito: "La fe viene por el oír." Por esto, dedícate a oír con frecuencia. Si sincera y atentamente continúo oyendo *el evangelio*, por medio de la bendita operación del Espíritu de Dios en mi mente, uno de estos días creeré lo que oigo. Pero ten cuidado de oír *el evangelio* y no de escuchar o leer lo que tiene la intención de sembrar dudas en tu mente.

El testimonio de otros

Pero si esto no te parece un buen consejo, agregaría: *Toma en cuenta el testimonio de otros.* Los samaritanos creyeron a causa del testimonio de lo que la mujer les había dicho acerca de Jesús. Muchas de nuestras creencias nacen del testimonio de otros. Yo creo que existe un país llamado Japón. Nunca lo he visto, y, sin embargo, creo que tal país existe, porque otros lo han visto. Creo que moriré. Nunca he muerto, pero muchísimos de mis conocidos han muerto, y por lo tanto, estoy convencido de que yo moriré también. El testimonio de los muchos me convence de un hecho dado. Escucha, por lo tanto, a los que cuentan cómo fueron salvos, cómo recibieron el perdón, cómo se transformó su carácter. Si prestas atención, notarás que alguien precisamente como tú ha sido salvo. Si has sido ladrón, descubrirás que algún otro ladrón lavó sus culpas en la preciosa sangre de Cristo. Si por desgracia has sido impuro, descubrirás que hombres y mujeres caídos como tú han sido levantados, purificados y transformados. Si estás desesperado, no tienes más que frecuentar al pueblo de Dios para pronto descubrir que algunos de los santos, han estado tan desesperados como tú y que les encanta

contarte cómo el Señor los libró. Conforme vas escuchando uno tras otro que ha puesto a prueba la Palabra de Dios, hallándola fiel, el Espíritu divino te guiará a creer.

¿Has oído contar del africano, al cual dijo el misionero que en su país el agua a veces se endurecía tanto que se podía caminar encima de ella? Muchas cosas podía creer el africano, pero eso, nunca. Cierta vez tuvo oportunidad de viajar a Inglaterra y vio un río congelado, pero no se atrevía a aventurarse sobre el hielo. Sabía que el río era profundo, y temía ahogarse si intentaba caminar sobre el hielo. Nadie pudo convencerlo que probara, hasta que vio a su amigo y otros muchos atravesar el río caminando sobre el hielo. Entonces se convenció y caminó confiado por donde otros habían caminado. Del mismo modo puede ser que tú, viendo a otros creer en el Cordero de Dios y notando cómo disfrutan de paz y gozo, te sientas agradablemente impulsado a creer. La experiencia de otros es una de las maneras como Dios nos ayuda a tener fe. Pero sea como fuere, tienes que creer en Cristo o morir: no hay esperanza aparte de Cristo.

Fijarse en la autoridad

Pero un plan mejor es éste: *Fíjate en la autoridad a la cual el Señor te manda creer,* y esto te ayudará mucho. La autoridad no es mía: si lo fuera, bien podrías rechazarla. Ni es la del papa, de la que bien podrías desconfiar. Es en la autoridad de Dios mismo que él te ordena creer. Él te manda creer en Jesucristo, y no debes negarte a obedecer a tu Hacedor. El capataz de ciertas obras había oído el evangelio muchas veces, pero se inquietaba dudando que alguna vez acudiría a Cristo. Un día su jefe le envió una tarjeta diciendo: "Venga Ud. a mi casa hoy en cuanto termine de trabajar."

Así lo hizo el capataz, apareciéndose a la puerta de su jefe. Al llamar salió éste y le dijo bruscamente:

--Juan, ¿qué quiere usted, que me viene a molestar a esta horas? Ya no es hora de trabajo. ¿Con qué derecho se presenta aquí?

--Señor, -- contestó el capataz -- recibí una tarjeta suya diciéndome que viniera después del trabajo.

--¿Quiere usted decir que por la sola razón de recibir una tarjeta mía invitándole a mi casa, puede venir y hacerme salir a atenderle después del trabajo?

--Realmente, Señor, -- respondió el capataz -- no comprendo, pero me parece que ya que usted me mandó venir, yo tenía derecho a venir.

--Pues entre, Juan -- dijo el jefe --, aquí tengo otro mensaje de invitación para usted.

Y sentándose, le leyó estas palabras: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar." Y agregó:

--¿Piensa que, después de recibir este mensaje de Cristo mismo, se equivocara si acude a él?

Entonces comprendió el pobre capataz todo, y creyó en el Señor Jesús para vida eterna, porque vio que contaba con una buena garantía y autoridad para creer. Así tú, pobre alma, tienes la mejor autoridad para creer y por fe acudir a Cristo, porque el Señor mismo te ordena a confiar en él.

Recapacitar

Si esto no produce fe en ti, *recapacita en lo que debes creer,* a saber, que el Señor Jesucristo sufrió en lugar de los pecadores y es poderoso para salvar a todos los que creen en él. Ésta es ciertamente la realidad más bendita que a la humanidad se le haya dicho debe creer, la realidad más oportuna, más consoladora, más divina que jamás ha llegado al oído del hombre. Te aconsejo que reflexiones mucho en ella, y que busques la gracia y el amor que contiene. Estudia los cuatro Evangelios. Estudia las epístolas de Pablo, y comprueba luego si el mensaje no es tan digno de creer que te ves impulsado a creerlo.

Si esto no basta, *medita en la persona de Cristo*: piensa en *quién* es, *qué* hizo, *dónde* está y *qué* es. ¿Cómo puedes dudar de él? Es cruel desconfiar en Jesús quien es siempre fidedigno. Nunca ha hecho nada que merezca desconfianza; al contrario, debiera ser fácil confiar en él. ¿Por qué volver a crucificarle con la incredulidad? ¿No es eso coronarlo de espinas y escupir en su rostro? ¿Qué? ¿No es digno de confianza? ¿Qué insulto peor que éste podrían haberle hecho los soldados? Ellos lo hicieron mártir; pero tú lo haces mentiroso, lo que es peor. No preguntes: "*¿Cómo podré creer?"* En cambio, responde a otra pregunta: *¿Cómo podré no creer?*

Someterse a Dios

Si ninguna de estas cosas te sirven, hay algo en ti fundamentalmente malo. "Mi última palabra es: *¡Sométete a Dios!* La razón de tu incredulidad es el prejuicio o el orgullo. Quiera el Espíritu de Dios librarte de la enemistad en ti y te haga rendirte a él. Eres un rebelde, un rebelde orgulloso, y es por eso que no crees a tu Dios. Renuncia a tu rebelión; entrega las armas; ríndete, sométete a tu Rey. Creo que nunca un alma, que se ha dado por vencida en su desesperación y ha clamado: 'Señor, me entrego a ti', le resultara luego difícil tener fe. La causa de tu incredulidad es que estás enemistado con Dios, y estás empeñado en hacer tu propia voluntad y andar por tu propio camino. "¿Cómo podéis vosotros creer que tomáis la gloria los unos de los otros?", dijo Cristo. El 'yo' orgulloso es el padre de la incredulidad. Sométete, oh alma. Entrégate a

tu Dios, y entonces te será fácil creer en tu Salvador. ¡Quiera el Espíritu Santo obrar ahora secreta pero eficazmente en ti, y llevarte a creer en el Señor Jesús en este mismo momento! Amén."

13. LA REGENERACIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO

No por el poder humano

"Os es necesario nacer de nuevo." Estas palabras de nuestro Señor aparecen amenazadoras en el camino de muchos, como la espada del querubín a la puerta del Paraíso. Se han dado por vencidos, porque este cambio está más allá de lo que pueden lograr con sus esfuerzos. El nuevo nacimiento es de arriba y por lo tanto no se puede lograr por medio del poder humano. Lejos está de mí negar o encubrir aquí una verdad a fin de brindar un consuelo falso. Admito francamente que el nuevo nacimiento es sobrenatural y que no es obra que el pecador pueda llevar a cabo por sus propios medios. De poco le serviría a mi lector que yo fuera tan tonto como para querer levantarle el ánimo, convenciéndolo de que rechace o que no le dé importancia a lo que es una verdad indiscutible.

Pero ¿no es digno de notar que este mismo capítulo en que el Señor declara que el nuevo nacimiento es de arriba y obra divina, contiene también la afirmación más potente en cuanto a que la salvación es por fe? Lee todo el capítulo 3 de Juan, y no reflexiones únicamente en sus primeros versículos. Es cierto que el versículo 3 dice:

"Respondió Jesús, y le dijo: De cierto, de cierto te digo,
que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios."

Pero luego los versículos 14 y 15 dicen lo siguiente:

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre
sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

El versículo 18 repite la misma doctrina en términos más amplios:

"El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado,
porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios."

Es lógico que estas dos afirmaciones coincidan, ya que salieron de los mismos labios y se encuentran en una misma página inspirada. ¿Por qué nos creamos nosotros problemas donde no es posible que los haya? Si una afirmación nos asegura que para la salvación se requiere una cosa que sólo Dios puede darnos, y si otra afirmación nos asegura que el Señor nos salvará por medio de nuestra fe en Jesús, podemos llegar a la conclusión segura de que el Señor concederá a todos los que creen todo lo que declara necesario para la salvación. De hecho, el Señor produce el nuevo nacimiento en todos los que creen en Jesús y su fe es la manifestación más palpable de que han nacido de nuevo.

Confiamos en que Jesús hará lo que no somos capaces de hacer nosotros. Si nosotros pudiéramos hacerlo ¿por qué acudir a él? A nosotros nos toca creer, al Señor le toca crear la vida nueva en nosotros. Él no cree en lugar nuestro, tampoco haremos nosotros la obra de regeneración en lugar de él. Basta que nosotros creamos, obedeciendo su mandamiento de gracia; al Señor corresponde obrar el nuevo nacimiento en nosotros. El que pudo ir al extremo de morir en la cruz por nosotros, puede y quiere concedernos todas las cosas necesarias para nuestra seguridad eterna.

Obra del Espíritu Santo

"Pero un cambio de corazón que salva es obra del Espíritu Santo." Esto es también una verdad ciertísima, y lejos esté de nosotros dudarlo y olvidarlo. Pero la obra del Espíritu Santo es secreta y misteriosa, y sólo se puede percibir por los resultados. Hay misterios en nuestro nacimiento natural que sería curiosidad profana intentar penetrar, más aún lo sería en el caso de las operaciones sagradas del Espíritu de Dios. "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va: así es todo aquel que es nacido del Espíritu." Pero esto sabemos: la obra misteriosa del Espíritu Santo no puede ser razón para que nos neguemos a creer en Jesús, de quien este mismo Espíritu da testimonio.

Si se diera a una persona el encargo de sembrar un campo, no podría excusarse de no hacerlo diciendo que no valdría la pena sembrar, a menos que Dios hiciera brotar la semilla. No quedaría justificada su negligencia en labrar la tierra porque sólo la energía secreta de Dios puede producir una cosecha. Nadie deja de hacer las tareas cotidianas por la razón de que "si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los edificadores." Es cosa segura que el que cree en Jesús, jamás hallará que el Espíritu Santo se niegue a obrar en él. El hecho es que su fe es prueba de que el Espíritu ya está obrando en su corazón.

Dios obra en su providencia, pero no por eso ha de quedar inmóvil la humanidad. Los hombres no podrían moverse si el poder divino no les diera vida y fuerza, y no obstante siguen adelante con sus tareas sin cavilar, recibiendo día tras día

la fuerza de aquel en cuyas manos está su aliento y de quien es todo su andar. Nos arrepentimos y creemos aunque no podríamos hacer lo uno ni lo otro si el Señor no nos capacitara para ello. Volvemos la espalda al pecado confiando en Jesús, y luego percibimos que el Señor ha obrado en nosotros tanto en el querer como en el hacer, según su voluntad. Es inútil pretender que haya alguna dificultad en esta cuestión.

Algunas verdades que son difíciles de explicar con palabras, son muy sencillas en la experiencia. No hay contradicción entre la verdad de que el pecador cree y de que su fe es obra del Espíritu Santo. Sólo la necedad puede llevar al hombre a cuestionar cosas sencillas, cuando su alma se encuentra en peligro. Nadie rehusaría entrar en un bote salvavidas por no saber la fuerza de gravedad de los cuerpos, ni el medio muerto de hambre rehusaría comer por no conocer todo el proceso de la nutrición. Si tú, querido lector, no quieres creer hasta comprender todos los misterios, nunca serás salvo, y si permites que las dificultades que inventa tu imaginación te impidan aceptar el perdón por medio de la fe en tu Señor y Salvador, perecerás una condenación bien merecida. No cometas suicidio espiritual por tener una pasión por discutir sutilezas metafísicas.

14. MI REDENTOR VIVE

Vive eternamente

Nos hemos referido continuamente al *Cristo crucificado,* el cual es la gran esperanza del culpable, pero es indispensable que nos acordemos que nuestro Señor resucitó de entre los muertos y vive eternamente.

Dios no te pide que creas en un Cristo muerto, sino en un Redentor que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Por esto, puedes acudir a Jesús ya, como a un amigo vivo y presente. No se trata de un mero recuerdo, sino de una persona continuamente existente quien desea oír tus oraciones y contestarlas. Él vive con el propósito de continuar la obra por la cual sacrificó su vida. Está intercediendo por los pecadores a la diestra del Padre, y por eso es poderoso "para salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios." Acude a él y entrégate a este Salvador vivo, si no lo has hecho ya.

Gloria y poder

Este Jesús vivo fue levantado a una posición eminente de gloria y poder. Hoy no sufre como "el humillado ante sus enemigos", ni trabaja como "el hijo del carpintero", sino que ha sido exaltado muy por encima de todo principado y potencia y todo nombre. El Padre le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y está llevando a cabo esta misión gloriosa y su obra de gracia. Escucha bien lo que Pedro y los otros apóstoles testifican acerca de él ante el sumo sacerdote y todo el concilio:

"El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados." –Hechos 5:30, 31.

La gloria que rodea al Señor ascendido debiera dar esperanza a todo corazón creyente. Jesús no es una persona cualquiera, es un Salvador grande y glorioso. Es el Redentor exaltado como Príncipe y coronado como tal. Ha sido investido de la prerrogativa soberana sobre la vida y la muerte. El Padre ha puesto a todos los hombres bajo la soberanía mediadora del Hijo para dar vida a quien quiere. Él abre y nadie cierra. El alma presa por las cuerdas del pecado y de la condenación puede quedar libre inmediatamente por el poder de su palabra. Él extiende el cetro de plata, y cualquiera que lo toca, vive.

Es bueno para nosotros que así como vive el pecado, y vive la carne y vive el diablo, vive también Jesús; y es bueno también que cualquiera que sea el poder de ellos para arruinarnos, infinitamente mayor es el poder de Jesús para salvarnos.

A favor nuestro

Toda su exaltación y habilidad está abogando a favor nuestro. "Ha sido exaltado para *ser"* y "exaltado para *dar"*. Ha sido exaltado para ser Príncipe y Salvador a fin de dar todo lo necesario para llevar a cabo la salvación de todos cuantos llegan a estar bajo su soberanía. Nada *tiene* Jesús que no ha de usar para la salvación de los pecadores y nada *es* que no revele en la abundancia de su gracia. Combina su función de Príncipe con su función de Salvador, como si no quisiera ejercer la una sin la otra; y manifiesta su exaltación con el propósito de brindar bendiciones a la humanidad, como si esto fuera la flor y corona de su gloria. ¿Puede haber algo mejor pensado para infundir esperanza en los pecadores que empiezan a dirigir su mirada hacia Cristo Jesús?

Jesús sufrió humillación, y por ello pudo ser exaltado. Por esa humillación cumplió y soportó toda la voluntad del Padre, y por ella recibió la recompensa de ser ascendido a la gloria. Usa esta exaltación para bien de su pueblo. Levante mi lector su mirada hacia esos collados de gloria, de donde tiene que recibir su ayuda. Contemple las glorias celestiales del Príncipe y Salvador. ¿No es acaso una gran esperanza para los hombres el que un hombre ocupe el trono del universo? ¿No es glorioso que el Señor de todo sea el Salvador de los pecadores? Tenemos un amigo en el tribunal, sí, un amigo sobre el trono. Usará él toda su influencia a favor de los que entreguen sus asuntos en sus manos. Bien dice uno de nuestros himnos:

"Para siempre vive exaltado Ante el trono Príncipe y Salvador,
Cristo, quien es hoy mi Abogado, ¿Cómo puede para mi haber temor?"

Ven amigo, y entrega tu causa en esas manos que una vez fueron traspasadas, pero que hoy están glorificadas con los sellos del poder real y soberano. Jamás se perdió una causa confiada a tan poderoso Abogado.

15. EL ARREPENTIMIENTO TIENE QUE ACOMPAÑAR AL PERDÓN

Íntimamente relacionados

Resulta claro del texto que hemos citado anteriormente, que el arrepentimiento está íntimamente relacionado con el perdón. Leemos en Hechos 5:31 que Jesús fue exaltado para dar *"arrepentimiento y perdón de pecados."* Estas dos bendiciones emanan de las manos sagradas que fueron clavadas al madero, de las manos de aquel que ahora está en gloria. Arrepentimiento y perdón están entrelazados por el propósito eterno de Dios. Lo que Dios ha juntado, no lo separe el hombre.

Tiene que haber arrepentimiento para que haya perdón

Tiene que haber arrepentimiento para que haya perdón, y verás que así es si reflexionas un poco sobre el asunto. *No es posible que se conceda perdón a un pecador impenitente.* Eso lo confirmaría en sus malos caminos y le enseñaría a no dar importancia al mal. Si el Señor dijera: "Tú amas el pecado, vives en él y vas de mal en peor, pero no importa, yo te perdono" equivaldría a proclamar un libertinaje horrible para hacer el mal. Socavaría los fundamentos de todo orden social, resultando en una anarquía moral. Es imposible imaginar los innumerables escándalos que resultarían si se pudieran separar el arrepentimiento y el perdón, y perdonar el pecado mientras el pecador lo sigue amando como siempre. Por la disposición natural de las cosas, si creemos en *la santidad de Dios*, es lógico que si continuamos en el pecado y no nos arrepentimos de él, no podemos ser perdonados, pero sí, que cosecharemos las consecuencias de nuestra obstinación. Por su bondad infinita, Dios nos promete que, si abandonamos nuestro pecado confesándolo, aceptando por fe la gracia que está en Cristo Jesús, Dios "es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." Pero mientras Dios viva, no puede haber promesa de misericordia para los que continúan en sus malos caminos negándose a reconocer sus transgresiones. Ningún rebelde puede esperar que su Rey perdone mientras se obstina en su rebeldía. Nadie puede ser tan insensato como para imaginarse que el Juez de toda la tierra borrará nuestros pecados si nosotros mismos nos negamos a arrepentirnos y confesarlos.

La perfección de la misericordia divina

Además, esto tiene que ser así por *la perfección de la misericordia divina.* Una misericordia que perdona el pecado dejando que el pecador siga viviendo en el pecado, sería realmente escasa y superficial. Sería una misericordia deforme, coja de pies y paralítica de manos. Según tu opinión, ¿cuál de estos privilegios es el mayor: que la culpa del pecado sea borrada o, ser librado del poder del pecado? No procuraré pesar en balanza dos misericordias tan grandiosas. Ninguna de las dos nos alcanzaría si no fuera por la sangre preciosa de Cristo. Pero si hiciéramos tal comparación, me parece que consideraría mayor a la salvación del poder del pecado, ser santificado y ser hecho semejante a Dios, la mayor de las dos. Ser perdonado es un favor incalculable. Haremos que ésta sea una de las primeras notas de nuestro canto de alabanza: "Él es quien perdona todas tus iniquidades." Pero si pudiéramos ser perdonados, y luego tener permiso de amar el pecado, practicar descontroladamente la perversidad y revolcarnos en el fango de los vicios, ¿para qué nos serviría tal perdón? ¿No sería más bien un dulce venenoso que finalmente nos destruiría? Ser lavado y seguir en el cieno, ser declarado limpio y seguir con la lepra blanca en la frente, sería la burla más pesada de la misericordia. ¿Para que sirve sacar un cadáver del sepulcro, si seguirá sin vida? ¿Para qué llevarlo a la luz, si sigue ciego?

Nosotros damos gracias a Dios porque el que perdona nuestras iniquidades también sana nuestras dolencias. El que nos limpia de las manchas del pasado nos salva de los caminos inmundos del presente y nos guarda de caer en el porvenir. Es preciso que recibamos agradecidos tanto la palabra del arrepentimiento como la del perdón de los pecados. No pueden ser separadas. La heredad del pacto es una e indivisible, y no se reparte por partes. Dividir la obra de la gracia sería como partir a un niño vivo por la mitad, y los que lo permitieran, demostrarían no tener ningún interés en él.

Te pregunto a ti que buscas al Señor ¿estarías satisfecho con sólo una de estas gracias? ¿Estarías conforme, querido lector, con que Dios te perdonara tus pecados, para dejarte luego seguir siendo mundano y malvado como antes? Ciertamente que no. El espíritu vivificado teme más al pecado mismo que a los castigos que resultan de él. El clamor de tu corazón no es: "¿Quién me librará del castigo?", sino "¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién me hará capaz de vencer la tentación y ser santo como Dios es santo?" Ya que la unión del arrepentimiento con el perdón concuerda con el deseo de la gracia, y ya que es necesaria para que la salvación sea completa y para la santidad, puedes estar seguro de que permanecerá por los méritos de esa unión.

La experiencia de todos los creyentes

El arrepentimiento y el perdón del pecado son inseparables en la *experiencia de todos los creyentes.* Jamás hubo persona que de verdad se arrepintiera de sus pecados, confesándolos a Dios en nombre de Jesús, que Dios no perdonara. Por otra parte, jamás hubo persona que Dios perdonara sin que se hubiera arrepentido de sus pecados. No vacilo en afirmar que bajo el cielo jamás hubo, ni hay, ni habrá caso de pecado limpiado, a no ser que al mismo tiempo el corazón fuera llevado al arrepentimiento y a la fe en Cristo Jesús. El aborrecimiento al pecado y el sentimiento de perdón entran juntos en el alma y siguen juntos toda la vida.

Obran recíprocamente

Estas dos cosas obran recíprocamente. El hombre que es perdonado, por lo tanto se arrepiente, y el hombre que se arrepiente puede estar absolutamente seguro de que es perdonado. Recuerda, ante todo, que el perdón lleva al arrepentimiento. Como dice el poeta:

"La ley y los terrores sólo endurecen, y todo el tiempo obran solos;
pero tener conciencia del perdón adquirido por la sangre ablanda al corazón de piedra."

Cuando estamos seguros de haber sido perdonados, aborrecemos la iniquidad. Y creo que cuando la fe aumenta hasta ser una seguridad plena, de modo que estamos segurísimos, sin sombra de duda, de que la sangre de Jesús nos ha emblanquecido más blancos que la nieve, entonces el arrepentimiento ha llegado a su máxima expresión. La capacidad de arrepentirse aumenta al mismo paso que aumenta la fe. No te equivoques: ¡el arrepentimiento no es cosa de días o semanas, como una penitencia temporaria que se desea acabar lo antes posible! No, se trata de una gracia para la vida entera como la fe misma. Los niños en las manos de Dios se arrepienten, y así también lo hacen los jóvenes y los ancianos. El arrepentimiento es el compañero inseparable de la fe. Mientras andamos por fe, las lágrimas de arrepentimiento brillan en los ojos de la fe. No es verdadero el arrepentimiento que no procede de la fe en Jesús, y no es verdadera la fe en Jesús que no está saturada de arrepentimiento. La fe y el arrepentimiento, como los gemelos siameses, viven unidos. En la proporción que creemos en el amor perdonador de Jesús, en esa misma proporción nos arrepentimos. Y a medida que nos arrepentimos del pecado y aborrecemos al mal, nos regocijamos en la plenitud del perdón que Jesús ha sido exaltado para conceder. Nunca valorarás el perdón si no te sientes arrepentido. Nunca gustarás del arrepentimiento más profundo hasta saberte perdonado. Puede parecer extraño, pero es cierto que la amargura del arrepentimiento y la dulzura del perdón se mezclan en la fragancia suave del que tiene vida por su gracia, resultando en una dicha sin par.

Seguridad mutua

Estos dos dones del pacto constituyen la seguridad mutua, una de la otra. Si sé que me arrepiento, sé también que Dios me ha perdonado. ¿Cómo sabré que me ha perdonado sino sabiendo también que ya no ando por mis malos caminos? Ser creyente, es ser un arrepentido. La fe y el arrepentimiento son dos rayos de la misma rueda, dos mangos del mismo arado. Se ha dicho con razón que el arrepentimiento es el corazón quebrantado por el pecado y separado del pecado. Igualmente puede decirse con razón que es un volver y volverse. Es un cambio de mentalidad del tipo más radical y profundo, acompañado de dolor por el pasado, y la determinación de enderezar el futuro:

"Arrepentimiento es dejar el mal que antes amábamos; Amar el bien que antes odiábamos,
Y demostrar nuestro dolor sincero, Por medio de no volver a hacerlo."

Cuando éste es el caso, podemos estar seguros del perdón, porque el Señor nunca quebranta el corazón a causa del pecado, separándolo del pecado, sin perdonarlo. Por otra parte, si disfrutamos del perdón por medio de la sangre de Jesús, siendo justificados por la fe y teniendo paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, sabemos que nuestro arrepentimiento y nuestra fe son del tipo debido.

No consideres tu arrepentimiento como un mérito que te proporciona el perdón, ni esperes tener capacidad para arrepentirte mientras que no veas la gracia de nuestro Señor Jesús y su disposición de borrar tus pecados. Guarda cada una de estas cosas en el lugar que les corresponde, y considéralas en la relación que tienen la una con la otra. Son el Jaquín y Boaz en la experiencia de la salvación: quiero decir que son comparables a las dos grandes columnas del templo de Salomón, colocadas al frente de la casa del Señor que formaban una entrada majestuosa al lugar santo. Nadie viene del modo debido a Dios, a no ser que pase entre las columnas del arrepentimiento y del perdón. El arco iris de la gracia del pacto se desplegará en toda su hermosura sobre tu corazón, cuando sobre las lágrimas del arrepentimiento haya brillado la luz del perdón total. El arrepentimiento del pecado y la fe en el perdón divino son el hilo y la trama del tejido de la verdadera conversión. Por estas señales conocerás a un "israelita" de verdad.

Emanan de la misma fuente

Volvamos al texto que estamos meditando. Tanto el arrepentimiento como el perdón emanan de la misma fuente, y son dones del mismo Salvador. El Señor Jesús desde su gloria concede las dos cosas a las mismas personas. No encontrarás la fuente del arrepentimiento, ni del perdón, en otro lugar. Jesús tiene listos a los dos, y está preparado para dispensarlos gratuitamente ahora mismo a toda persona dispuesta a recibirlos de su mano. No olvides nunca que Jesús da todo lo necesario para nuestra salvación. Es muy importante que todos los que buscan misericordia lo comprendan. La fe es tanto un don de Dios como lo es el Salvador en quien la fe se apoya. El arrepentimiento del pecado es obra de la gracia tan cierta como la expiación por la cual se borra el pecado. La salvación, de principio a fin, es obra exclusiva de la gracia. No me comprendas mal.

No es el Espíritu Santo que se arrepiente. Nunca ha hecho nada de lo que tendría que arrepentirse. Si pudiera arrepentirse, para nada nos valdría. Es preciso que cada uno nos arrepintamos de nuestro propio pecado, y si no lo hacemos, no somos salvos del poder del pecado. No es el Señor Jesucristo el que se arrepiente. ¿De qué tendría que arrepentirse?

Nosotros somos los que nos arrepentimos con el pleno consentimiento de todas las facultades de nuestro razonamiento. La voluntad, los afectos, las emociones, todos obran juntos poderosamente en el acto bendito del arrepentimiento del pecado, y no obstante, detrás de todo lo que es un acto personal nuestro, hay una influencia divina obrando en secreto que ablanda el corazón, causa remordimiento y produce un cambio completo. El Espíritu de Dios nos ilumina para que veamos lo que es el pecado, haciéndolo así repugnante a la vista. Además, el Espíritu de Dios nos acerca a la santidad, haciéndonos apreciarla de corazón, amarla y desearla, y, de este modo, nos da un ímpetu por el cual somos impulsados hacia adelante de una etapa a otra de la santidad. El Espíritu de Dios obra en nosotros tanto el querer como el hacer lo que a Dios le agrada. Sometámonos a este buen Espíritu ahora mismo para que nos guíe a Jesús, quien abundantemente nos dará la doble bendición del arrepentimiento y del perdón según las riquezas de su gracia.

POR GRACIA SOIS SALVOS

16. CÓMO NOS ES DADO EL ARREPENTIMIENTO

Exaltado para dar arrepentimiento

Volvamos al texto maravilloso: "A éste Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados." Nuestro Señor Jesucristo ascendió para que la gracia descienda. Él emplea su gloria para extender mejor su gracia. El Señor no ha dado un solo paso hacia lo alto sino con el objeto de llevar a los creyentes hacia lo alto con él. Ha sido exaltado para dar arrepentimiento, lo cual comprobaremos si recordamos varias grandes verdades.

Jesús hace que el arrepentimiento sea posible, accesible y aceptable

La obra de nuestro Señor Jesús ha hecho que el arrepentimiento sea posible, accesible y aceptable. La ley no habla de arrepentimiento, si no que dice sencillamente: "El alma que pecare, esa morirá". Si el Señor Jesús no hubiera muerto, resucitado y ascendido al Padre, ¿para qué servirían tu arrepentimiento o el mío? Podríamos sentir remordimiento de conciencia con todos sus horrores, pero no el verdadero arrepentimiento con sus esperanzas. El arrepentimiento, cuando es un sentimiento natural, es un deber común que no merece mayores elogios. Es un sentimiento tan comúnmente mezclado con el temor egoísta de ser castigado que, en el mejor de los casos, ni se tiene en cuenta. Si no hubiera intervenido Jesús, agregándole ricos méritos, nuestras lágrimas de arrepentimiento no valdrían más que unas gotas de agua derramadas en el suelo. Jesús es exaltado en las alturas para que en virtud de su intercesión ante Dios, nuestro arrepentimiento tenga valor.

En este sentido nos da arrepentimiento, porque le otorga al arrepentimiento una posición en que es aceptable, que de otro modo jamás lo hubiera sido.

El Espíritu de Dios

Cuando Jesús fue exaltado en las alturas, *el Espíritu de Dios fue derramado para producir en nosotros todos los dones de gracia que necesitamos.* El Espíritu Santo crea en nosotros el arrepentimiento por medio de renovar nuestra naturaleza de un modo sobrenatural, y quitando de nuestro ser el corazón de piedra. ¡No te sientes frotándote los ojos para forzar que broten lágrimas imposibles! El arrepentimiento no proviene de una naturaleza rebelde, sino de la gracia gratuita y soberana. No entres en tu cámara a fin de pegarte el pecho para producir en un corazón de piedra sentimientos que no existen en él. En cambio, acude al Calvario y contempla la pasión y muerte de Jesús. Mira hacia lo alto de donde viene tu socorro. El Espíritu Santo ha venido expresamente para eclipsar el espíritu de los hombres y engendrar en ellos el arrepentimiento tal como antes se movía sobre el caos desordenado para producir orden. Eleva tu ruego a él: "Bendito Espíritu de Dios, mora en mí. Hazme blando y humilde de corazón para que aborrezca el pecado y me arrepienta sinceramente de él." Él oirá tu clamor y te responderá.

Consagrando todas las obras de la naturaleza y de la providencia

Acuérdate también de que cuando el Señor Jesús fue exaltado, no solamente nos dio el arrepentimiento por medio de enviar el Espíritu Santo, sino también por medio de *consagrar todas las obras de la naturaleza y de la Providencia para lograr la gran meta de nuestra salvación,* a fin de que cualquiera de ellas pueda llamarnos al arrepentimiento, ya sea que cante, como el gallo que oyó Pedro, o retumbe, como el terremoto que espantó al carcelero de Filipos. Desde la diestra de Dios, nuestro Señor Jesús gobierna las cosas de la tierra haciéndolas obrar para la salvación de sus redimidos. Usa tanto lo amargo como lo dulce, las tristezas como las alegrías, para producir en los pecadores una mejor disposición hacia Dios. Sé agradecido por algún acto de la Providencia que te ha hecho pobre, enfermo o triste, porque Jesús obra en la vida de tu espíritu por medio de estas cosas y te acerca a él. La misericordia del Señor a menudo viene cabalgando hacia nuestra puerta sobre el corcel negro de la aflicción. Jesús se vale de toda la gama de nuestra experiencia para destetarnos del mundo y atraernos al cielo. Cristo ha sido exaltado al trono celestial y terrenal para que, por medio de todos los procesos de su providencia, someta los corazones endurecidos hasta lograr el bendito ablandamiento del arrepentimiento.

Está obrando ahora mismo

Además, está obrando ahora mismo por medio de todos sus susurros a la conciencia, por medio de su Libro inspirado, por medio de nosotros que hablamos basados en el Libro y por las oraciones de los amigos y de los corazones sinceros. Él te puede enviar una palabra que hiera tu corazón de piedra, como la vara de Moisés, y haga brotar ríos de arrepentimiento. Él puede traer a tu mente algún texto de las Sagradas Escrituras que quebrante tu corazón y te conquiste instantáneamente. Puede ablandarte misteriosamente y, cuando menos lo pienses, causar que un sentimiento de santidad invada tu alma. Puedes estar seguro de esto, que aquel que ha ascendido a la gloria, que ha sido ensalzado hasta el esplendor y majestad de Dios, tiene abundantes maneras de obrar el arrepentimiento en aquellos a quienes otorga perdón. *En este mismo momento está esperando darte arrepentimiento.* Pídeselo ya mismo.

A los menos dignos

Fíjate en el hecho, para tu consuelo, de que el *Señor Jesucristo da este arrepentimiento a los menos dignos del mundo.* Fue exaltado para dar arrepentimiento a *Israel.* ¡A Israel! En los días que dijo el apóstol esto, Israel era la nación que más había pecado contra la luz y contra el amor, coronando su obra de infamia con la crucifixión del Señor, hasta el colmo de decir: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." ¡Estos israelitas eran los asesinos de Jesús; y no obstante, éste fue exaltado para darles el arrepentimiento! ¡Qué maravilla de gracia! Escucha pues; si tú has sido criado a la luz cristiana más resplandeciente pero la has rechazado, hay todavía esperanza para ti. Aun cuando hayas pecado contra tu conciencia, contra el Espíritu Santo, contra el amor de Jesús, todavía hay lugar para el arrepentimiento. Aunque estés tan endurecido como la Israel incrédula de antaño, todavía es posible tu ablandamiento, ya que Jesús ha sido exaltado y revestido de poder infinito. Jesús fue exaltado para dar arrepentimiento a los que han llegado al colmo de la perversidad, y han pecado con serios agravantes. ¡Dichoso quien, como yo, tiene un evangelio tan pleno para proclamar! ¡Dichoso tú que tienes el privilegio de escucharlo!

Los corazones de los hijos de Israel se habían endurecido como una roca irrompible. Lutero creía imposible la conversión de un judío. Aunque distamos mucho de coincidir con él, tenemos que admitir que la simiente de Israel ha sido tremendamente obstinada en rechazar al Señor durante todos estos siglos. Dijo el Señor la verdad: "Israel nada quería de mí." Jesús "vino a lo suyo, y los suyos no le recibieron." No obstante, para bien de Israel nuestro Señor Jesús fue exaltado a fin de dar arrepentimiento y perdón de pecados. Mi lector probablemente no sea judío, pero a pesar de ello, puede tener

un corazón muy obstinado que por muchos años se ha resistido al Señor Jesús. Si éste es tu caso, aún así puede nuestro Señor obrar el arrepentimiento. Bien puede ser que todavía tengas que escribir, constreñido por el amor divino, palabras como las del autor de las interesantes obras: "Libro de cada día," quien en el pasado había sido un incrédulo obstinado. Vencido por la gracia soberana escribió:

"Al corazón más altanero Has quebrantado, Dios, en mí;
El yo más terco y más fiero Has bien domado para ti.

Tu voluntad cual mía quede: Tu ley, la regla de mi ser;
Mi corazón, tu Santa sede, Mi dicha, siempre obedecer."

El Señor puede dar arrepentimiento al menos digno, transformando en ovejas a los leones y en palomas a los cuervos. Confiemos en él para que se produzca en nosotros tan grande cambio.

La contemplación de la muerte de Cristo

Sin duda alguna reflexionar en la muerte de Cristo es uno de los modos más seguros y efectivos para alcanzar el arrepentimiento. No procures sacar el arrepentimiento de la fuente seca y corrupta de tu naturaleza. Suponer que puedes forzar que tu alma pase a ese estado de gracia es contrario a las leyes del razonamiento. Lleva tu corazón en oración al que lo comprende, diciendo: "Límpialo, Señor. Señor, renuévalo. Señor, obra tú el arrepentimiento en él." Cuanto más procures producir sentimientos de arrepentimiento en ti mismo, más fracasarás, pero si con fe piensas que Jesús murió por ti, nacerá en ti el arrepentimiento. Medita, pues, en el Señor que de puro amor derramó la sangre de su corazón por ti. Reflexiona en la agonía y el sudor sangriento, en la cruz y la pasión, y al hacerlo así, aquel que cargó tanto dolor fijará su vista en ti y por medio de su mirada, hará contigo lo que hizo con Pedro, de manera que tú también saldrás para llorar amargamente. El que murió por ti puede hacer que mueras al pecado por medio de su Espíritu de gracia; y el que ha entrado en la gloria para tu bien puede atraer tu alma a él, apartándote del pecado.

Me conformo con dejarte este pensamiento: no busques fuego debajo del hielo, ni esperes encontrar arrepentimiento en tu corazón natural. Mira al que vive para hallar vida. Confía en Jesús para darte todo lo que necesites entre las puertas del infierno y las puertas del cielo. No busques en ninguna otra parte nada de lo que a Jesús le encanta conceder; en cambio, acuérdate de que

CRISTO ES TODO.

17. EL TEMOR DE CAER AL FINAL

Un temor que se apodera de muchos

A veces, cierto temor se apodera de muchos que buscan la salvación: *temen que no podrán perseverar hasta el fin.* He oído decir: "Si yo entregara mi alma al Señor Jesús, tal vez volvería atrás y, al final, me perdería. He tenido sentimientos buenos antes de ahora, pero ya no los tengo. Lo bueno en mí es como la niebla de la mañana y como el rocío temprano. Aparece de repente, dura poco, promete mucho y luego desaparece."

Fe temporaria

Querido lector, creo que este temor es a menudo el padre del hecho y que algunos que han tenido miedo de confiar en Cristo para todo el tiempo y para toda la eternidad, han fracasado porque su fe es temporal y no suficiente para salvarlos. Empezaron confiando en Jesús hasta cierto punto, pero siguieron confiando en sí mismos para continuar y perseverar en el camino al cielo y es así que, por empezar mal, naturalmente no tardaron en volverse atrás. Si confiamos en nosotros mismos para perseverar, *no* perseveraremos. Aun cuando confiamos en Jesús esperando de él buena parte de la salvación, fracasaremos si confiamos en nosotros mismos en cualquier sentido. No hay cadena más fuerte que el más débil de sus eslabones. Si esperamos de Jesús todo excepto una cosa, fracasaremos totalmente, porque en esa cosa ciertamente tropezaremos.

No me cabe duda de que el error en relación con la perseverancia de los santos ha impedido la perseverancia de muchos que un día marchaban bien.

¿Cuál fue su tropiezo? Confiaban en sí mismos para correr su carrera, y, en consecuencia, se detuvieron. Cuidado con mezclar algo del yo en el cemento con que edificas, porque lo convertirás en cemento destemplado, y las piedras no quedarán pegadas. Si confías en Cristo para comenzar, cuidado de no confiar en ti mismo para finalizar. Él es Alfa. Mira que te sea Omega también. Si principias en Espíritu, no debes esperar que te perfeccionarás por la carne. Empieza como

piensas continuar y continúa como empezaste, siéndote el Señor el todo en todo. ¡Oh, que Dios el Santo Espíritu nos dé una idea muy clara acerca de dónde tiene que proceder toda fuerza necesaria para perseverar y para ser guardados hasta el día de la venida del Señor!

Pablo dijo lo siguiente sobre este asunto al escribir a los corintios:

"Nuestro Señor Jesucristo … os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor." (1 Cor. 1:8, 9).

Estas palabras reconocen silenciosamente una gran necesidad de decirnos cómo Dios la ha tenido en cuenta para llenarla. Siempre que el Señor da algo, podemos estar seguros de que es algo que necesitamos, ya que el pacto de gracia no carga con cosas superfluas. En el palacio de Salomón colgaban escudos de oro que nunca se usaban, pero en el arsenal de Dios no hay nada así. Lo que Dios ha provisto es lo que ciertamente necesitamos. Desde hoy hasta la consumación de todas las cosas, cada promesa de Dios será cumplida, y toda provisión de su pacto de gracia nos será dada. La necesidad urgente del alma que cree es la confirmación, la continuación, la perseverancia final, y la preservación para siempre.

Tal es la necesidad del creyente más adelantado, porque Pablo estaba escribiendo a los santos de Corinto, personas consagradas de las cuales podía decir: "Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús." Tales personas son precisamente las que sienten de verdad que necesitan gracia nueva para continuar el camino, perseverar y salir vencedores al final. Si no fueran ustedes santos, no tendrían necesidad de la gracia; pero por ser hombres de Dios, sienten diariamente las necesidades de la vida espiritual. La estatua de mármol no siente necesidad de alimento, pero el hombre vivo siente hambre y sed, y se regocija de que no le faltan el pan y el agua, porque si le faltasen, perecería en el camino. Las necesidades personales del creyente hacen inevitable que acuda diariamente a la gran fuente de todas las provisiones, pues ¿qué otra cosa podría hacer, si no pudiera recurrir a su Dios?

Esto es así en el caso de los más dotados de los santos –de los corintios enriquecidos de todo don de conocimiento y sabiduría. Necesitaban ser confirmados hasta el fin, y de no ser así, sus dones y conocimientos terminarían siendo su ruina. Si hablásemos lenguas humanas y angélicas, y no recibiéramos gracia nueva de día en día, ¿dónde estaríamos ahora? Si tuviéramos toda experiencia hasta ser "padres de la iglesia", si Dios nos enseñara hasta comprender todo misterio, no podríamos vivir un solo día sin que de él, Cabeza del Pacto, fluyera hacia nosotros la vida divina. ¿Cómo podríamos esperar perseverar ni siquiera una hora, por no decir una vida entera, a no ser que el Señor nos lleve adelante? El que ha empezado la buena obra en nosotros tiene que perfeccionarla hasta el día de Cristo, de otra manera terminará siendo un doloroso fracaso.

De nuestro propio yo

Esta necesidad surge en gran parte de nuestro propio yo. Algunos sufren por temor de no poder perseverar en la gracia, porque se saben inconstantes. Algunas personas son inestables por naturaleza. Otras son naturalmente obstinadas y otras igualmente variables y volátiles. Van de flor en flor como las mariposas, visitando todas las hermosuras del jardín, sin hacer morada fija en ninguna parte. Nunca se detienen en un punto fijo como para hacerle un bien a alguien, ni siquiera en su trabajo, ni en sus estudios. Tales personas temen, con razón, que diez, veinte, treinta o cuarenta años de fidelidad religiosa les resulte imposible. Vemos a gente afiliarse a una iglesia tras otra, hasta haber dado la vuelta entera. Hacen de todo por turno y nada les dura. Tienen doble necesidad de pedirle a Dios que los confirme divinamente y los haga no sólo firmes sino insacudibles. De otra manera no serán hallados "constantes, creciendo en la obra del Señor siempre."

Sentir nuestra propia debilidad

Todos, aun los que no tenemos una inclinación natural hacia la inconstancia, sentimos nuestra debilidad si realmente hemos sido vivificados por Dios. Querido lector, ¿no encuentras lo suficiente cada día para hacerte tropezar? Tú que deseas vivir santamente, como espero que así sea, tú que tienes un alto ideal de lo que debe ser la vida cristiana, ¿no hallas que antes de que se haya limpiado la mesa después del desayuno, ya has demostrado tanta falta de criterio que te avergüenzas? Aunque nos encerráramos en la celda solitaria del ermitaño, nos acompañaría la tentación, porque mientras no podamos escaparnos de nosotros mismos, no podremos escapar de la tentación. Hay cierto componente dentro de nuestro corazón que nos debe mantener alertas y humildes delante de Dios. Si él no nos confirma, somos tan débiles que fácilmente tropezamos y caemos, no necesariamente vencidos por el enemigo sino por nuestro propio descuido. Señor, sé tú nuestra fuerza. Nosotros somos la personificación de la debilidad.

Cansancio

Además, notaremos *el cansancio que produce una vida larga.* Al iniciar nuestra carrera espiritual nos remontamos con alas de águila, más adelante corremos sin cansarnos, y en nuestros mejores días andamos sin desmayar. Nuestra

marcha parece más pausada, pero es más útil y más regular. Pido a Dios que la energía de la juventud nos acompañe mientras que sea la energía del Espíritu y no meramente el fervor de la carne altiva. El que hace tiempo anda camino al cielo, descubre que por buena razón tenemos la promesa de que los zapatos serán de hierro y bronce porque el camino es áspero. Ha descubierto que existen Collados de Dificultad y Valles de Humillación; que existe un Valle de Sombra de Muerte, y peor todavía, la Feria de la Vanidad, todos los cuales tiene que atravesar. Si hay Montes de Delicias (y gracias a Dios que los haya), hay también Castillos de Desesperación cuyo interior los peregrinos han visto con mucha frecuencia. En conclusión, los que perseveran hasta el fin en el camino de la santidad, serán "objeto de admiración."

"¡Oh mundo de maravillas, es lo menos que puedo decir!" Los días de la vida del cristiano son como perlas de misericordia ensartadas en el hilo de oro de la fidelidad divina. En el cielo manifestaremos ante los ángeles, ante principados y poderes, las inescrutables riquezas de Cristo que nos prodigó y que disfrutamos mientras estamos aquí en la tierra. Nos ha mantenido vivos al borde de la muerte. Nuestra vida espiritual ha sido una llama que sigue ardiendo en medio del mar, una piedra que sigue suspendida en el aire. Se maravillará el universo al vernos entrar, libres de culpa, por la puerta de perlas el día de nuestro Señor Jesucristo. Tendríamos que sentirnos llenos de agradecida admiración por ser guardados siquiera una hora. Espero que así sea.

El lugar en que vivimos

Si esto fuera todo, habría razón suficiente para sentirnos ansiosos; pero hay mucho más. *Tenemos que acordarnos en qué lugar vivimos.* Este mundo es un desierto espantoso para muchos de los hijos de Dios. Algunos de nosotros disfrutamos providencias de Dios, pero para otros es una lucha constante. *Nosotros* empezamos el día con la oración a Dios y oímos a menudo el canto de alabanza en nuestro hogar; pero muchos otros, apenas se han levantado de sus rodillas por la mañana cuando tienen que aguantar blasfemias. Salen para el trabajo y se pasan todo el día escuchando conversaciones blasfemas como el justo Lot en Sodoma. ¿Puedes andar siquiera por la calle en estos días sin que tus oídos sean acosados por las palabras más soeces? El mundo no es amigo de la gracia. Lo mejor que podemos hacer con este mundo es pasar por él cuanto antes porque vivimos en campo enemigo. En cada matorral se esconde algún ladrón. Tenemos que andar por todas partes con la espada desenvainada, o a lo menos con la espada llamada *oración* constantemente a nuestro lado, porque tenemos que luchar por cada trecho del camino. No te equivoques en este punto si quieres evitar que te tiren abajo tus falsas ilusiones. ¡Oh, Dios, ayúdanos, y confírmanos hasta el fin! si no, ¿dónde iremos a parar?

La verdadera religión es sobrenatural en su comienzo, es sobrenatural en su continuación y es sobrenatural en su terminación. Es obra de Dios desde el principio hasta el fin. Hay gran necesidad de que la mano de Dios siga extendida. Me alegra esa necesidad que siente mi lector ahora, porque significa que ahora dependerá, para su propia preservación, del Señor que es el único que puede impedir que caigamos y que puede glorificarnos con su Hijo.

18. CONFIRMACIÓN

Deseo que notes la seguridad que Pablo confiadamente esperaba como un beneficio para todos los santos. Dice: "El cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo." Esta es la clase de confirmación que debemos desear ante todo. Como ves, presupone el texto que las personas andan en la verdad, y propone confirmarlas en ella. Sería terrible confirmar a una persona en sus caminos de pecado y error. Pensemos en un borracho confirmado, un ladrón confirmado o un embustero confirmado. Sería cosa deplorable confirmar a una persona en su incredulidad y en su impiedad.

La gracia ya manifestada

Solamente podrán disfrutar de la confirmación divina aquellos a quienes la gracia de Dios ya se ha manifestado. Esta confirmación es obra del Espíritu Santo. El que da la fe, la fortalece y confirma. El que enciende la llama del amor divino en nosotros la preserva y aumenta. Lo que nos hace saber con sus primeras enseñanzas, el buen Espíritu nos hace saber con más claridad y certeza con todavía más enseñanza. Confirma las acciones santas hasta que llegan a ser hábitos establecidos, y confirma las emociones santas, hasta que se convierten en una condición permanente. La experiencia y la práctica confirman nuestra fe y nuestras resoluciones. Tanto nuestras alegrías como nuestras penas, tanto nuestros éxitos como nuestros fracasos, son santificados para el mismo fin, tal como el árbol recibe ayuda tanto de la lluvia como del viento recio para echar fuertes raíces. La mente recibe instrucción y al aumentar su saber acumula razones para perseverar

en el buen camino. El corazón recibe consuelo, y por ello se aferra más y más a la verdad consoladora. Su paso se afianza y se hace más firme, el creyente resulta más sólido y robusto.

Una obra del Espíritu

No se trata aquí de un crecimiento meramente natural, sino de una obra tan claramente del Espíritu como la conversión misma. Podemos estar seguros de que *el Señor lo concederá a los que confían en él para vida eterna.* Por su operación en nuestro interior nos librará de ser "inestables como el agua" y hará que seamos firmes y estemos arraigados. Esto es parte del método por medio del cual nos salva, este edificarnos en Cristo Jesús, causando que permanezcamos en él. Querido lector, espera esto diariamente y no te decepcionarás. El Señor en quien confías te hará como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, tan bien guardado que tu hoja no se marchitará.

¡Qué fuerza para la iglesia es el cristiano confirmado! Él es consuelo para los afligidos y apoyo para los débiles. ¿Te gustaría ser así? Los creyentes confirmados son columnas en la casa de nuestro Dios. No son llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, ni caen ante una tentación repentina. Son un gran apoyo para los demás, anclas en los tiempos difíciles de la iglesia. Tú, que estás comenzando tu vida espiritual quizá no te atreves a ser como ellos. Pero no lo dudes, el Señor obrará en ti tanto como obra en ellos. Algún día, tú que hoy eres un infante en

Cristo, serás un padre en la iglesia. Ten esperanza, pero espéralo como don de gracia y no como pago por alguna obra o como producto de tus propios esfuerzos.

Hasta el fin

Inspirado, el apóstol Pablo describe a estas personas como confirmadas *hasta el fin.* Pablo esperaba que la gracia de Dios las guardara personalmente hasta el fin de su vida, o hasta la venida del Señor Jesús. En realidad esperaba que toda la iglesia de Dios en todo lugar y en todas las épocas fuera guardada hasta el fin de la dispensación, hasta que viniera el Señor Jesús como el esposo a celebrar las bodas con su esposa perfeccionada. Todos los que están en Cristo serán confirmados en él hasta ese día glorioso. ¿No ha dicho acaso: "Porque yo vivo también vosotros viviréis?" También dijo: "Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las puede arrebatar de mi mano." El que ha empezado la buena obra en ti, la perfeccionará hasta el día de Cristo. La obra de la gracia en el alma no es una reforma superficial. La vida que Dios da con el nuevo nacimiento procede de una simiente viva e incorruptible, vive y permanece eternamente. Y las promesas de Dios a los creyentes no son de carácter transitorio sino que incluyen, para que se cumplan, que el creyente siga en su camino hasta llegar a la gloria sin fin. Somos guardados por el poder de Dios, por medio de la fe para salvación eterna. "Proseguirá el justo su camino." Los que creen no como resultado de su propio mérito o fuerza, sino como un favor inmerecido, son guardados. Jesús no perderá ninguna de las ovejas de su rebaño; no morirá ningún miembro de su cuerpo; no faltará ninguna piedra preciosa de su joyero cuando venga a juntarlas. Querido lector, la salvación que es recibida por fe no es cosa de meses o de años; porque nuestro Señor Jesús nos ha conseguido "salvación *eterna",* y lo eterno no tiene término.

Irreprensibles

Pablo declara también que su esperanza para los santos de Corinto es que sean "confirmados hasta el fin *irreprensibles*". Esta condición *irreprensible* es una parte preciosa de la gracia de ser guardados. Ser guardado *santo* es más que ser guardado *salvo.* Es triste ver gente religiosa tropezar y caer de una falta a otra, nunca han creído en el poder de Dios para guardarlas irreprensibles. La vida de algunos que profesan ser cristianos consiste en una serie de tropiezos, nunca están totalmente derrotados, pero tampoco nunca en marcha. Esto no es digno del creyente. Su vocación es andar con Dios, y *por la fe puede llegar a perseverar firmemente en la santidad, y debe hacerlo.* El Señor es poderoso no sólo para salvarnos del infierno, sino para guardarnos de caer. No tenemos por qué ceder a la tentación. ¿Acaso no está escrito: "El pecado no se enseñoreará de vosotros?" El Señor es poderoso para guardar los pies de sus santos, y lo hará si nos entregamos a él confiados en que lo hará. No tenemos por qué manchar nuestros vestidos. Por su gracia podemos ser guardados sin mancha del mundo. Éste es nuestro deber, porque "sin santidad nadie verá al Señor."

El apóstol profetizaba prediciendo para los creyentes de Corinto lo que debiéramos nosotros buscar, a saber, ser guardados "*irreprensibles hasta el día del Señor Jesucristo".* Haga Dios que en ese gran día nos veamos libres de todo cargo, de modo que nadie en todo el universo se atreva a desafiar nuestra afirmación de que somos los redimidos del Señor. Tenemos faltas y debilidades de las cuales nos lamentamos, pero no son del tipo que demuestra que vivimos separados de Cristo. Debemos estar libres de hipocresía, engaño, odio y placer en el pecado, porque tales cosas serían acusaciones fatales. A pesar de nuestros fracasos involuntarios, el Espíritu Santo puede obrar en nosotros produciendo un carácter irreprensible delante de los hombres, de manera que, como Daniel, no demos ocasión a las lenguas acusadoras, excepto en lo que concierne a nuestra religión.

Multitud de hombres piadosos, como también de mujeres piadosas, han dado pruebas de una vida tan pura y tan consecuente, que nadie los ha podido reprender. El Señor podrá decir de muchos creyentes lo mismo que dijo de Job, al aparecer Satanás ante su presencia: "¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto temeroso de Dios y apartado del mal?" Esto es lo que debe esperar de las manos de Dios mi lector. Éste es el triunfo de los santos: continuar "siguiendo al Cordero por donde quiera que fuere", manteniendo nuestra integridad como si estuviéramos delante del Dios viviente. No tomemos jamás caminos torcidos dando lugar a que blasfeme el adversario. Está escrito del verdadero creyente: "Dios lo guarda, y el maligno no lo toca." ¡Haga Dios que así se escriba acerca de nosotros!

Amigo que ahora empiezas a vivir la vida divina, el Señor puede darte un carácter irreprensible. Aun cuando en el pasado hayas caído en pecados graves, el Señor es poderoso para librarte totalmente del poder de viejas costumbres y convertirte en un ejemplo de virtud. No solamente puede hacerte moral, sino que puede hacerte aborrecer todo camino de falsedad y seguir en pos de todo lo que es santo. No lo dudes. El peor de los pecadores no necesita quedarse atrás del más puro de los santos. Cree esto, y según tu fe te será hecho.

¡Oh, que gozo que seamos considerados irreprensibles en el día del juicio! No cantamos mentiras cuando entonamos este hermoso himno:

"Sereno miro ese día: ¿Quién me acusará?
En el Señor mi ser confía: ¿Quién me condenará?"

¡Qué felicidad será disfrutar de esa valentía a toda prueba, cuando el cielo y la tierra huyan del rostro del Juez de todos los seres humanos! Esta felicidad será el destino de todos cuantos confíen exclusivamente en la gracia de Dios en Cristo Jesús, y en ese poder sagrado libran batalla continua contra todo pecado.

19. POR QUÉ PERSEVERAN LOS SANTOS

La fidelidad del hombre

Ya hemos visto que la esperanza que llenaba el corazón de Pablo respecto a los hermanos de Corinto, llena también de consuelo a los que temen qué les puede deparar el futuro. Pero, ¿por qué creía que los hermanos serían confirmados hasta el fin?

Deseo que notes que da sus razones: *"Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor"* (1 Cor. 1:9). El apóstol no dice: *"Vosotros* sois fieles." ¡Ay! la fidelidad del hombre no es digna de confianza, es vanidad. No dice: "Tenéis pastores fieles para guiaros, y por lo tanto confío que seréis guardados." ¡Oh, no! Si somos guardados por el hombre, seremos mal guardados.

Dios es fiel

Dice Pablo: *Dios* es fiel. Si nosotros somos fieles, es porque Dios es fiel. Todo el peso de nuestra salvación debe descansar en la fidelidad de nuestro Dios del Pacto. Sobre este glorioso atributo de Dios reposa todo. Nosotros somos cambiadizos como el viento, frágiles como una telaraña, inestables como el agua. No podemos depender de nuestras cualidades naturales, ni de nuestros conocimientos espirituales, es Dios quien permanece fiel. Él es fiel en su amor: no varía, ni cambia. Es fiel en sus propósitos: no comienza una cosa para luego dejarla sin terminar. Es fiel en sus relaciones: como Padre, no renunciará a sus hijos; como amigo, no faltará a su pueblo; como Creador, no abandonará a la obra de sus manos. Es fiel a sus promesas, y no dejará de cumplir ni una de ellas. Es fiel a su pacto que ha establecido con nosotros en Cristo Jesús, ratificándolo con la sangre de su sacrificio. Es fiel a su Hijo y no permitirá que haya derramado su sangre en vano. Es fiel con su pueblo, al cual ha prometido vida eterna y al cual no abandonará.

Esta fidelidad de Dios es el fundamento y piedra angular de nuestra esperanza para perseverar hasta el final. Los santos pueden perseverar en la santidad, porque Dios persevera en la gracia. Él persevera en bendecir, y por lo tanto, los creyentes perseveran en ser bendecidos. Él continúa guardando a su pueblo, y por lo tanto éste continúa guardando sus mandamientos. Esto es un fundamento bien sólido en el cual descansar, y concuerda perfectamente con el título de este pequeño libro: "TOTALMENTE POR GRACIA". Es así que la gracia inmerecida y la misericordia infinita anuncian la aurora de la salvación y las mismas dulces campanas repican durante todo el día de la gracia.

Puedes ver, entonces, que las únicas razones que tenemos para esperar ser confirmados hasta el final y hallados irreprensibles en el día de Cristo, se encuentran en nuestro Dios; en él estas razones sobreabundan.

Lo que Dios ha hecho

Consisten primero, *en lo que Dios ha hecho.* Hasta tal punto nos ha bendecido que no es posible que se vuelva atrás. Pablo nos recuerda que "nos ha llamado a la comunión con su Hijo Jesucristo". ¿Nos ha llamado? Entonces, el llamado no puede ser revocado "porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios". El Señor nunca se retrae del llamamiento eficaz de su gracia. "A los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó." Ésta es la regla invariable del proceder divino. Hay un llamamiento general: "Muchos son llamados, pero pocos escogidos." Pero el llamamiento del cual hablamos aquí es diferente. Se distingue por un amor especial, y requiere la posesión de aquello a que somos llamados. En este caso el llamado es como el llamado a la simiente de Abraham, de la cual dijo el Señor: "Te tomé de los confines de la tierra y de tierras lejanas te llamé, y te dije: Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché."

Vemos razones poderosas para nuestra preservación y gloria futuras en lo que el Señor ha hecho, ya que nos ha llamado *a la comunión con su Hijo Jesucristo.* Esto quiere decir ser socio de Jesucristo, y quiero que reflexiones cuidadosamente lo que esto significa. Si en verdad has sido llamado por la gracia divina, has llegado a tener comunión con el Señor Jesucristo para ser copropietario con él de todas las cosas. Desde ese momento, a los ojos del Altísimo eres uno con él. El Señor Jesús llevó tus pecados en su cuerpo sobre el madero, fue hecho maldición por ti, y al mismo tiempo llegó a ser tu justicia, de modo que has sido justificado en él. Tú eres de Cristo, y Cristo es tuyo. Así como Adán representa a todos sus descendientes, Jesús representa a todos los que están en él. Como esposo y esposa son uno, así Jesús es uno con todos los que están unidos a él por la fe: son uno por una unión conyugal inquebrantable.

Uno con él

Más aún, los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, y así son uno con él por una unión de amor, viva y permanente. Dios nos ha llamado a esta unión, comunión, asociación, y por medio de este hecho nos ha dado la prueba y promesa de que seremos confirmados hasta el fin. Si Dios nos considerase separadamente de Cristo, seríamos pobres seres, perecederos, nos disolveríamos pronto y seríamos llevados a la destrucción; pero siendo uno con Cristo somo participantes de su naturaleza y estamos dotados de su vida inmortal. Nuestro destino está unido con el de Cristo, mientras él no sea destruido, no es posible que perezcamos nosotros.

Reflexiona mucho en esta comunión con el Hijo de Dios, a la cual has sido llamado, porque en ella radica toda tu esperanza. Nunca podrás ser pobre mientras Jesús sea rico, ya que eres partícipe de lo suyo. ¿Qué te podrá faltar, si eres copropietario con el Dueño del cielo y de la tierra? Nunca podrás fracasar, porque si bien uno de los socios es pobre como ratón de iglesia y está tan en bancarrota que no puede pagar ni lo más mínimo de sus deudas, el otro socio es inconcebiblemente rico en tesoros inagotables. Por medio de tal comunión superas toda depresión de esta época, de los cambios futuros y del shock del fin de todas las cosas. El Señor te ha llamado a la comunión con su Hijo Jesucristo y por ese acto y obra te ha colocado en una posición de seguridad infalible.

Si eres de verdad creyente, eres uno con Jesús, y por lo tanto, estás a salvo. ¿Te das cuenta que esto tiene que ser así? Cuentas con una confirmación segura hasta el fin, hasta el día de su segunda venida, si realmente has sido hecho uno con él por un acto irrevocable de Dios. Cristo y el creyente se encuentran en el mismo barco. A menos que Jesús se hunda, el creyente no se ahogará. Jesús ha otorgado a sus redimidos una relación tan íntima con él, que antes que dejar que sea dañado el más pequeño de sus rescatados, él mismo dejaría que lo hirieran, deshonraran y vencieran. Su nombre consta en primer lugar en la compañía, y mientras no pierda él su crédito, estamos asegurados contra todo temor de quiebra.

Por lo tanto, sigamos adelante con total confianza hacia el futuro desconocido, unidos eternamente con Jesús. Si los hombres del desierto exclamaran: "¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?" confesaríamos gozosamente que nos recostamos en Jesús y que pensamos apoyarnos en él cada vez más. Nuestro Dios fiel es una fuente rica que sobreabunda en deleites, y nuestra comunión con el Hijo de Dios es un río lleno de gozo. Sabiendo estas cosas gloriosas, no podemos vivir desalentados; no, al contrario, exclamamos con el apóstol: *"Ninguna…cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro"*

20. CONCLUSIÓN

Si no has seguido

Si mi lector no me ha seguido paso a paso leyendo estas páginas, lo siento de veras. De poco valor es la lectura de un libro, a no ser que las verdades que presenta a la mente sean comprendidas, adoptadas y llevadas a la práctica. Es como el

que contempla los abundantes alimentos en un negocio y, no obstante, sigue con hambre por no comerlos. En vano, querido lector, nos hemos encontrado tú y yo, a no ser que hayas aceptado a Cristo Jesús, mi Señor. De mi parte hubo un gran deseo de beneficiarte, y he hecho todo lo que he podido para lograrlo. Me duele no haber podido hacerte bien, porque he anhelado este privilegio. Pensaba en ti al escribir esta página, y dejando mi pluma, me arrodillé y pedí solemnemente a Dios por todos los que la leyeran. Estoy segurísimo de que mis lectores será bendecidos por su lectura, aunque *tú* te niegues a ser uno de ellos. Pero ¿por qué te niegas?

Si no deseas la bendición especial que he querido darte, por lo menos sé justo conmigo y admite que no me echarás la culpa de tu condenación final. *Al encontrarnos los dos ante el gran trono blanco, no podrás culparme de haber usado mal la atención que bondadosamente me concediste al leer mi librito.* Dios es mi testigo que escribí cada renglón para tu bien eterno. En espíritu, tomo ahora tu mano y te doy un firme apretón. ¿Sientes este apretón de manos fraternal? Los ojos se me llenan de lágrimas al mirarte y decir: *¿Por qué quieres morir?* ¿No quieres dedicar un momento a pensar en tu alma? ¿Querrás morir por puro descuido? ¡Ay, no, no lo hagas! Reflexiona seriamente sobre estas cosas, ¡y asegúrate la eternidad! No rechaces a Jesús, su amor, su sangre, su salvación. ¿Por qué lo harías?

¡TE RUEGO QUE NO RECHACES A TU REDENTOR!

Si has confiado en el Señor

Si, en cambio, mi oración ha tenido contestación y tú, querido lector, has confiado en el Señor Jesús aceptando la salvación por gracia, aférrate para siempre a esta doctrina y a este modo de vivir. Sea Jesús tu todo en todo y permite que la gracia inmerecida sea la regla única por la cual vivas y actúes. No hay vida como la del que vive disfrutando del favor de Dios. Recibir todo como un don gratuito, guarda la mente del orgullo farisaico y la desesperación por las acusaciones de tu conciencia. Esta vida por gracia da calidez al corazón llenándolo de amor agradecido, produciendo así un sentimiento en el alma infinitamente más aceptable para Dios que todo cuanto pudiera proceder de un temor esclavizante. Los que intentan salvarse por hacer lo mejor que pueden desconocen el fervor radiante, la calidez santa, el gozo devoto en Dios que acompañan a la salvación otorgada gratuitamente según la gracia de Dios. El espíritu esclavizante de la salvación por medio de los propios méritos, no puede compararse con el espíritu gozoso de adopción. Más virtud real hay en la menor emoción de la fe que en todos los esfuerzos del esclavo de la ley o en toda la maquinaria de los devotos que intentan subir al cielo por la escalera de las ceremonias. La fe es espiritual, y Dios, que es espíritu, se deleita en ella por esa razón. Años enteros de rezos, de acudir a las iglesias, a las capillas, a los santuarios; años enteros de ritos, de ceremonias, de penitencias, pueden ser abominaciones para nuestro Dios que es Espíritu. Pero un mirada de verdadera fe es espiritual y, por lo tanto, le agrada. "El Padre a tales adoradores busca." Ocúpate primero del hombre interior y de lo espiritual, y lo demás llegará a su tiempo debido.

Si eres salvo

Si tú mismo eres salvo, busca la salvación de otros. Tu propio corazón no prosperará a menos que esté lleno de una preocupación intensa por bendecir a tus semejantes. La vida de tu alma está en la fe, su salud está en el amor. El que no anhela intensamente llevar a otros a Jesús, nunca ha vivido dominado por el amor. Comienza a trabajar en la obra del Señor, la obra del amor. Empieza por tu propia familia. Visita después a los vecinos. Sé una luz para el pueblo o para la calle donde vives. Siembra la palabra de Dios dondequiera que estés.

Si los convertidos testifican a otros, ¿quién sabe qué fruto dará mi pequeño libro? Ya empiezo a alabar a Dios por las conversiones que él producirá por su intermedio y por medio de aquellos que el libro lleve a los pies de Cristo. Probablemente los resultados más grandes se verán, cuando la mano que escribe esta página esté paralizada por la muerte.

¡No te vayas al infierno!

¡LECTOR AMADO, ENCONTRÉMONOS EN EL CIELO! NO TE VAYAS AL INFIERNO. No hay modo de volver de ese antro de sufrimientos. ¿Por qué quieres tomar el camino de la muerte, estando abiertas delante de ti las puertas del cielo? No rechaces el perdón gratuito, la salvación plena que Jesús concede a todos los que confían en él. No vaciles, ni te detengas. Bastante has estado pensando ya; ahora ¡a la acción! Cree en el Señor Jesús ahora mismo, total e inmediatamente. Acude al Señor este día, sí, este mismo día. Acuérdate, oh alma, de que en este momento puede determinarse tu salvación o tu perdición, siendo hoy mismo tu

AHORA O NUNCA

Haz que sea *ahora*. Sería horrible que fuera *nunca.*

Al despedirme, nuevamente te ruego:

¡Encontrémonos en el cielo!

EL FIN